

Premio Nacional de Periodismo

Juan Pablo Cárdenas

ALGO MÁS QUE CONTAR...

(CRÓNICAS)

Ediciones Política y Utopía



Algo más que contar... (Crónicas)

©Juan Pablo Cárdenas

Ediciones Política y Utopía

Ediciones Radio Universidad de Chile

ediciones@uchile.cl

www.radio.uchile.cl

Coordinadora Editorial : Gloria Barros Olave

Corrección de Estilo : Álvaro Cárdenas

Inscripción ISBN : 978-956-xxx-x

Prohibida la reproducción total o parcial, sin autorización.

Impreso en LOM

Santiago de Chile, febrero de 2023

*El periodismo no es un simple medio de
vida, es una manera de mirar la vida.*

Tomás Eloy Martínez

Indice

PRÓLOGO	9
DE VIDA Y MUERTE	13
LA TERRIBLE CODICIA	17
FURIOSO PRAGMATISMO	21
LOS PELIGROS DEL CRECIMIENTO	25
INFORMADORES MAL EDUCADOS	29
LOCURA Y GENIALIDAD	33
INSENSATA CASTIDAD	37
PENSANDO A DIOS	41
BUENOS PARA EL DEPORTE	47
PAÍSES LINDOS	51
SER MAYOR DE EDAD	55
LA “BECA PINOCHET”	59
LA ENTRONIZADA CORRUPCIÓN	67
LA FARÁNDULA MATA EL ESPÍRITU	75

BIENVENIDOS INMIGRANTES	81
DE CUÁL DEMOCRACIA HABLAMOS	85
AUDACIA ES EL JUEGO	91
LOS GRANDES ORADORES DE MI TIEMPO	97
NUESTRA MISERIA CÍVICA	125

Prólogo

Cuando abracé el periodismo lo hice muy influido por las lecturas de los más destacados cronistas chilenos y extranjeros, especialmente latinoamericanos. Más allá del interés por la actualidad y por todo lo que nos depara la existencia, me sedujo el estilo en que muchos periodistas preferían contar la realidad. Sus “relatos enjuiciados” de los hechos que vivían y estimaban propicio difundir.

Siempre me fascinaron las crónicas, por ejemplo, de Ryszard Kapuściński, cuyos relatos nos pasearon por el atormentado mundo del siglo XX, sus guerras y conflictos. Mucho antes de él también tuve la oportunidad de conmovirme con la Historia de Cristo de Giovanni Papini, quien decidió narrar en crónica la vida de este asombroso profeta y mesías. Además de disfrutar hasta hoy de esas agudas e incisivas crónicas de Léon Bloy, en que fustiga fundamentalmente a los poderosos. A ello agrego, además, un maravilloso libro sobre el emperador Napoleón, también escrito en este género periodístico y

literario. Un texto que guardo tan celosamente que no lo pude encontrar en mi biblioteca antes de escribir este prólogo.

De nuestra región cómo no destacar a Eduardo Galeano, el mejor cronista de todos, que también logró relatar la historia trágica de nuestra América Latina en forma de lúcidas crónicas. Tal como también debo destacar al argentino Osvaldo Soriano. A ambos tuve la suerte de conocerlos y sentir como amigos. Osvaldo me sorprendió con una visita a Chile en que tuve la oportunidad de verlo sin saber a qué venía realmente, cuando a las pocas semanas descubro que hizo una crónica sobre mí, impresionado como había quedado por mi reclusión nocturna. No alcancé a agradecerle su noble gesto.

A Galeano tuve la oportunidad de verlo y disfrutar una cena con él en casa de Manuel Cabieses, uno de los gigantes de nuestra actividad. Notamos a Eduardo muy enfermo, como que a los pocos días falleció en Montevideo, legándonos una inmensidad de crónicas que nos harán disfrutar siempre de su talento, compromiso y buen relato.

Agrego a los anteriores a dos eminentes cronistas: a Carlos Monsiváis y a nuestro compatriota y amigo Luis Sepúlveda. Me consta que ellos se conocieron bastante y sospecho que mucho también se inspiraron el uno en el otro con sus magníficas crónicas. A Lucho lo perdimos con la pandemia del coronavirus y de haberse salvado no tengo duda que habría escrito la mejor crónica sobre esta tragedia mundial. Monsiváis, no cabe duda, resulta fundamental para entender a México, su vida y contradicciones.

La política ha sido mi principal ocupación en el periodismo, aunque no lo tenía previsto así en mis años de estudiante.

Sin embargo, me fue imposible eludir la responsabilidad de lo que empezó a ocurrir en ese fatídico 11 de septiembre de 1973. Había que convertirse en “voz de los sin voz” como nos instruyeron nuestros grandes profesores. Por cierto, grandes cronistas, también, en varios casos.

Ricardo Boizard (Picotón) fue uno de mis cronistas favoritos. Hasta hoy me conmueve la lectura de aquella columna en que da cuenta de la muerte de su madre. Él hizo una gran contribución a la historia de Chile con sus crónicas “sin pelos en la lengua” sobre algunos personajes de la vida pública chilena, entre las que destaca la referida al gran dirigente demócrata cristiano Bernardo Leighton, el Hermano Bernardo, como se lo conocía.

También me motivaron mucho los escritos de Mario Planet que hasta sus cartas de amor las hacía en crónicas. Como también todo lo que nos legara Andrés Sabella quien siempre escribía y hablaba como cronista. Y del cual Pablo Neruda algún día dijo que “vivía en estado de poesía”.

Más tarde tuve el verdadero honor de conocer, leer y ser amigo de Patricio Manns, otro gran cronista que suma a su talento la condición de novelista, cantautor y otros varios atributos dentro del ámbito de la cultura, como del compromiso con los valores. Quiero pensar que Patricio no recibió el Premio Nacional de Literatura porque también se merecía el de la música por sus magníficas composiciones, y en el Chile cultural mezquino es demasiado pedir más de un reconocimiento. Él estaba muy arriba en la Cordillera y ocasionaba envidias y rencores por su talento.

Cada vez estoy más seguro de que el devenir del periodismo será una oportunidad magnífica para el ejercicio de la crónica, cuando las informaciones se hacen tan instantáneas y superficiales, en materiales dilectos de la televisión y las redes sociales. Si tanto se teme por la suerte del periodismo escrito o de papel, la crónica puede constituirse en su mejor expresión, en la lectura preferida de los que buscan una explicación más reflexionada de lo que sucede, persiguiendo la perspectiva y la trascendencia de las noticias, atrayendo a lectores que tampoco se conforman con la vulgaridad narrativa de los grandes medios de comunicación comerciales y competitivos.

Tengo escrito ya más de diez compilaciones de crónicas, a las que sumo ahora unas cuantas más que me reclamaban su escritura en medio de las columnas políticas semanales que publico en varios medios electrónicos. Estoy en una etapa de la vida en que, ciertamente, debo apurarme en hacer las cosas para no dejar en el tintero tantas experiencias.

La política aquí está muy presente, pero he intentado que no sea lo más relevante, ya que todavía permanecemos en un tiempo de un largo bostezo después de la Dictadura. Les ofrendo estas nuevas crónicas sin mayor pretensión, aunque espero que sean bien acogidas. Siempre he sido polémico en mi quehacer y, como he dicho tantas veces, la objetividad no existe y la neutralidad no es mi propósito. La considero tan despreciable o más que el silencio, o eso que llaman eclecticismo.

Solo la independencia o la libertad es lo que debe reclamar nuestro oficio y razón de ser.

De vida y muerte

De lo que tenemos plena certeza es que tarde o temprano todos vamos a morir; que ninguno de nosotros puede escapar a lo inexorable. En tiempos de guerra y pandemias, esta convicción se hace todavía mucho más explícita, cuando los fallecidos se cuentan por miles o millones.

Sin embargo, nadie se acostumbra a aceptar tan naturalmente la muerte. Cada fallecido causa un impacto enorme en las familias y en sus deudos, aunque ese dolor muchas veces se asuma muy distante por quienes no lo padecen cercanamente.

Era difícil concebir que continentes y países enteros se levantaran después de los genocidios y las conflagraciones mundiales, que a la vuelta de unas pocas décadas la humanidad se olvidara de los horrores y que en un dos por tres prosiguieran los conflictos, las disputas territoriales y hasta los intentos de exterminio de algunos pueblos.

Tenga usted la idea que quiera respecto del aborto, pero allí donde se practica debemos asumir que se está imposibilitando

el nacimiento y desarrollo de una multitud de seres humanos, a objeto de privilegiar el derecho de las mujeres a determinar lo que quieran respecto de su cuerpo o vientre. No deja de ser una contradicción que, al tiempo que se aboga por el derecho a la vida, se defiende con tanto ahínco la facultad de interrumpir un embarazo. La eutanasia o la muerte asistida hasta me parecen procedimientos benignos, incluso humanitarios, en comparación a impedir el desarrollo de un nuevo ser. Se argumenta que los fetos no son todavía seres humanos, pero ¿quién podría negar que potencialmente este “conjunto de células”, como lo llaman, pueda convertirse en niños y niñas, en hombres y mujeres plenos?

El control de la natalidad y la paternidad responsable derivan muchas veces en la legitimización de los abortos y la muerte masiva de los recién nacidos. De esta forma se explica que regímenes como el de China hayan dictaminado el derecho de vivir a lo sumo de uno o dos hijos por pareja, debiendo los padres arrojar a los ríos y mares a los que nacieran con posterioridad, sobre todo si se trataba de mujeres. Asimismo, bajo modalidades más discretas o terapéuticas, las principales naciones occidentales aprobaron las leyes de aborto, aunque no para impedir el crecimiento excesivo de sus habitantes, sino por la posibilidad de que la riqueza que producían sus “Estados de bienestar” tuviera que ser compartida con muchos más seres humanos.

Lo cierto es que hoy, la propia China, Alemania y otras naciones se lamentan del envejecimiento de sus poblaciones y empiezan a estimular los nuevos nacimientos para proveerse

de la mano de obra necesaria para sustentar sus desbocados desarrollos. Algo que constituye una de las verdaderas rarezas del mundo actual.

Pero lo más destacable son los esfuerzos que hace la ciencia y la medicina por alargarnos la vida, de tal manera que en países como el nuestro morir antes de los 80 o 90 años es una verdadera calamidad, así sea que se le esté prolongando la vida a personas que están en franco deterioro físico o mental. ¡Vaya qué enormes recursos se destinan a este objeto y hace las delicias de los médicos tratantes, de sus clínicas y laboratorios, tanto que la salud se ubica ya entre los rubros más rentables de la actualidad! Cuando sabemos que la ciencia no ha discurrido nada que pueda hacernos inmortales.

No dejamos de pensar en cuántos nonatos pudieron convertirse en seres promisorios y útiles (productivos), agradecidos de la suerte de haber nacido. Cuántos hogares de acogida y orfanatos podrían financiarse a fin de evitar la extrema y brutal medida de eliminar un feto. No nos extrañaría que en la continuidad insensata de guerras y disputas territoriales los poderes en pugna determinen el cadalso para los más ancianos, para los que considere, también, como inútiles y demasiado onerosos de mantener. Quizás esta decisión demore un poco si consideramos que los que toman las grandes decisiones son habitualmente legisladores muy añosos y sin noción de ser inservibles...

La terrible codicia

Sebastián Piñera, dos veces presidente de la República de Chile, en tan solo dos o tres décadas se convirtió en uno de los principales millonarios del país y del mundo. Todos pueden acordarse de que hasta tuvo que esconderse de los jueces que buscaban requerirlo, así como recurrir a las prescripciones legales para salvarse de la cárcel y de la expropiación de sus bienes mal habidos. Se sabe que en su hogar nunca hubo riqueza y que sus progenitores solo le heredaron una buena educación. Es más, una cristiana formación, incluso. La avidez que demostró por el dinero, sin duda, tiene que ver con su propia vocación o forma de ser. Hay quienes dicen que, pese a su parecido físico, Sebastián no tiene nada que ver con su padre. Un servidor público que terminó sus días sin enriquecerse.

A pesar de su prontuario, su fortuna le permitió a Sebastián Piñera llegar al Parlamento y después ser elegido y reelegido como primer mandatario. Un viejo político conservador me asegura en esos días que nunca un empresario como este podría llegar muy alto en la política, en un desvarío romántico

sobre la dignidad que tenía por entonces la política y la derecha. Lo cierto es que Piñera era resistido por muchos dirigentes de su sector político, pero finalmente siempre se impuso por la posibilidad de que su peculio ayudara a elegir a diputados, senadores, alcaldes y otros que no tenían los medios suficientes para ganar los diversos comicios. Con todo, hay quienes confidencian que Piñera nunca puso todo lo que prometió y que los aportes que realmente hizo a su partido y camaradas serían ampliamente compensados durante su corrupto ejercicio del poder.

Tosco y muy vulgar en sus hábitos, las redes sociales guardan imágenes suyas, por ejemplo, escarbándose la nariz en el solemne Tedeum Evangélico de la Catedral, así como sus “piñericosas”, o “salidas de madre”, han quedado ampliamente registradas y cualquiera puede acceder a ellas en la red. Como aquella vez que en Alemania escribió en un libro de visitas “Deutschland, Deutschland über alles” para agradar a sus huéspedes, desconociendo que esta frase fuera suprimida del himno alemán por su bochornosa asociación con el nazismo.

Sebastián Piñera ganó elecciones, pero también enemigos para toda la vida. Entre ellos, a uno de sus propios hermanos, un exministro de Economía identificado como el mayor privatizador de la economía chilena, especialmente de los apetecidos fondos de pensiones. Tantas son sus desavenencias familiares que este destacado economista neoliberal terminó apoyando a otro candidato y no a su hermano en la última contienda electoral.

Se reconoce que su gran obra, dentro de sus pésimos gobiernos, fue la lucha que su administración le dio a la pandemia, destinando ingentes recursos (fiscales, por supuesto) para encarar la emergencia sanitaria. También será recordado por los sucesivos bonos que otorgó para salir al rescate de los más desvalidos y cuya situación empeorara con el covid-19; aunque ahora hay quienes atribuyen a los beneficios la razón fundamental de la crisis económica, el alza desmedida del poder adquisitivo y la inflación que asola los hogares de los pobres y de la clase media.

Piñera ganó elecciones, pero siempre tuvo en su mira aprovechar el poder para incrementar su riqueza. Ante las críticas que recibía por su falta de pudor en materia de negocios, recurrió a esa figura del “fideicomiso ciego” que resultara nada más que una estratagema para que amigos suyos le administraran sus bienes mientras gobernaba. Un montaje burdo e ingenuo que nos quiso hacer creer que él se mantendría distante de sus inversiones o haberes. Y se sabe que sus fiduciarios hicieron lo que él les encomendara, con lo cual acrecentaron la fortuna que se les puso en sus manos para su administración. No sin antes, poner a resguardo muchos de sus bienes entre sus parientes más cercanos que no tenían por qué privarse de hacer buenos negocios al abrigo de su padre.

El gran demérito de Piñera es su contribución a la política sucia. Su codicia y rápido enriquecimiento creó un arquetipo de lo que era ser un buen empresario en Chile, es decir, alguien que gana mucho y en el más breve tiempo, cuanto que se demuestra también hábil para burlar los tributos y gas-

tar lo menos posible en mano de obra. Su mal ejemplo fomentó la corrupción de muchos políticos que, tal como él, se propusieron desde otros cargos financiar a sus colectividades como engrosar sus propios bolsillos. Entre los cuales destacan esos amigos prácticamente impunes y campantes luego de los bullados escándalos de Penta, Soquimich y otras entidades empresariales que evidenciaron sobornos a parlamentarios y ministros a objeto de demandarles leyes y granjerías estatales.

La impunidad mueve montañas y aunque Chile sigue presumiendo de que su política no es corrupta lo cierto es que los justos son cada vez menos en la administración pública. Por lo que tan recurrentes vicios como la malversación de los caudales públicos, el nepotismo y otros siguen vivitos y coleando en la nueva administración. Pese a que su sucesor en La Moneda prometió que se acabarían los pitutos y que el mismo Piñera sería llevado a los Tribunales.

Lo único que nos salva de que no se produzca un tercer gobierno de Piñera es la edad que ya tiene como sus indisimulables achaques físicos. Porque si de recursos económicos se trata (con lo cual se ganan ahora las elecciones democráticas) los tiene de sobra tanto como para imponer en el futuro en el gobierno a sus hijos y nietos. Se puede ver en nuestra historia, como la de algunos países vecinos, cómo los más inescrupulosos se repiten el plato en la política. Ya sean codiciosos de izquierda o derecha.

Furioso pragmatismo

En cuanto a las ideas de El príncipe, que tanto influjo ejercen en la política, es natural que en todas partes tengamos gobernantes cada vez menos instruidos y poco dotados de una auténtica vocación de servicio. Cuesta descubrir tanto en el mundo como en Chile dirigentes que hayan alcanzado el poder en mérito de sus valores ideológicos y programas de acción. Por más que se ensalce a las democracias, lo cierto es que estas han quedado a merced del mejor postor, de los más audaces y, por lo general, de los más desvalidos y zigzagueantes de contenido y solvencia moral. Si el mundo está nuevamente en peligro no es a causa de los temidos dictadores sino de mandatarios electos por sus pueblos y en cuyos países pocos dudan de catalogarlos como democráticos.

Rusia y Estados Unidos son actualmente las potencias más beligerantes, bajo la observación, incluso, de dictadores y gobernantes diversos que no demuestran mayor afán de involucrarse en sus querellas. Y que más bien parecen disfrutar de sus

desavenencias si eso les permite seguir creciendo para convertirse en potencias, como es el caso de China.

Las ciudades de toda la Tierra abundan en monumentos que rinden homenaje a sus héroes, mártires y connotados gobernantes, pero sus testimonios cada vez tienen menos arraigo en la actual realidad política y cultural de sus pueblos. Si hasta hay quienes ahora piensan que ir por delante de los acontecimientos es un verdadero demérito. Para ellos, un buen político es aquel que va de acorde con lo que piensan y sienten coyunturalmente sus naciones. Y su habilidad consistiría en no apurar el tranco de los cambios, ser prudentes en ello tanto como las palomas que se posan y defecan sobre las cabezas de los monumentos.

Ahora ya no valen los adelantados, los que imaginan la realidad y los desafíos que tenemos por delante. Lo que hay que hacer para convertirse en un político exitoso es contentar a las mayorías, no importa cuán incultas o desinformadas sean.

De esta forma es como los paradigmas caen como el propio Muro de Berlín. El socialismo, el comunismo o incluso, el capitalismo son ahora conceptos vacíos. Ya no representan idearios ni temores. De allí que, al interior de las distintas colectividades políticas, nacidas desde estas visiones, ya no se distingan voces coherentes y concordantes. Se habla de que hay demócratacristianos de derecha o izquierda; socialistas a secas o “democráticos”; comunistas buenos o extremos; ultraderechistas o derechistas dialogantes... Todo depende únicamente de quienes asuman estas posiciones, porque lo más frecuente es que los llamados líderes salten de posición

en posición, dependiendo siempre de las circunstancias, de lo que más les convenga.

Las míticas figuras de un Mandela, Martin Luther King, Gandhi, incluso Adenauer o De Gaulle, son del pasado, seres completamente rebasados actualmente por los nuevos acontecimientos. Salvador Allende, Lázaro Cárdenas, Juan Bosch, Fidel Castro y otros se han quedado como íconos o simples estampas, prácticamente iguales al comercializado rostro del Che Guevara y de tantos otros combatientes y gobernantes latinoamericanos.

Desde Juan Domingo Perón todo ahora es relativo como lo es el propio peronismo argentino. Como un movimiento o partido que da para cualquier cosa: para peronistas golpistas y de ultraizquierda, con el creciente común de nominador de la turbiedad ética y la mera ambición por el poder. Como desde hace tiempo ya no existe mayor diferencia entre un gobernante demócrata o republicano en Estados Unidos, incluso tratándose de un negro. Vaya que horribles violaciones a los derechos humanos de los vascos cometió el gobierno socialista de Felipe González en España. O como el pinochetismo parece estar entronizado en la personalidad del presidente de Nicaragua, el que alguna vez estuvo a la cabeza “de la más hermosa de las revoluciones”, como la calificara Eduardo Galeano.

Por supuesto que al menos nuestro continente no habría sido posible sin las convicciones republicanas y antimonárquicas de un Bolívar, San Martín, O’Higgins y tantos otros liberadores verdaderamente adelantados a su época y en muchos casos a los tiempos actuales. Sin duda un Manuel Rodríguez y

un Carrera serían calificados de aventureros y terroristas en el Chile de ahora. De la misma forma que un Camilo Henríquez sería purgado como un cura apóstata y desorientado y hasta se le atribuirían todos los “pecados de la carne”, como se denosta hoy a algunos clérigos que demuestran conciencia social y se diferencian nítidamente de los que son inmundos.

Lo importante en la política de hoy es vencer, no convencer por sus ideas y propuestas. Ello explica los triunfos de Sebastián Piñera, como del repugnante Trump en Estados Unidos, ante el cual el mandatario chileno le ofreció convertirnos en una nueva estrella de su pabellón imperialista.

Dependiendo de donde se ubique en la política chilena se puede ser, también, promapuche o anti-Llaitul. Amigo de los tratados de libre comercio o refractario a ellos. Ocurre, asimismo, que desde la oposición conviene oponerse a las inversiones ecocidas, así como desde La Moneda se favorecen los despropósitos medioambientales bajo el pragmático escudo del crecimiento y la necesidad de inversión.

La paridad entre hombres y mujeres parece ser que es de las pocas ideas que concitan mayor consenso en el mundo occidental, pero no tenemos duda que muchos abominan en privado de esta igualdad impuesta más por razones electorales que por convicciones morales. Nos consta.

Los peligros del crecimiento

No hay prácticamente político, partido o movimiento que no postule la necesidad de crecer, que no predique la idea de que debemos aumentar la producción y el consumo de los pueblos. Elevar el PIB es una de las principales obsesiones actuales; sin embargo, la ciencia ya nos ha dicho que si, de pronto, el mundo igualara a Estados Unidos y Europa en cuanto a consumo humano, a la vida del Planeta le quedaría muy poco tiempo, apenas algunos años más de subsistencia. De allí que unos adelantados o visionarios científicos hace más de cuatro décadas se atrevieron a pronosticar desde un coloquio en París que, con las formas de consumo que entonces se verificaban, al Planeta no le quedarían más de cincuenta años de vida.

Y esto ya se nota a juzgar por las terroríficas catástrofes medio ambientales que estamos viviendo: horribles inundaciones, severas sequías, como el agotamiento de muchos recursos naturales. Sin ir más lejos, la propia pandemia podría ser el inicio de otros nuevos desastres sanitarios que mermen

todavía más la población y se sumen a los muertos por el cáncer, el hambre y otras múltiples calamidades. A pesar de que la población mundial sigue creciendo y ya alcanzamos los ocho mil millones de habitantes, según las Naciones Unidas.

Si tuviéramos políticos más conscientes tendrían que reconocer que saben a lo que nos estamos exponiendo, planteándole a los pueblos la necesidad de vivir con menos, alimentarse con lo debido y renunciar a la vida suntuosa. Tendrían que apurar la descarbonización y desistir del uso de combustibles fósiles, aunque esto es poco menos que imposible cuando hay tantos productores que basan su presente y futuro justamente en sus reservas petroleras. Como Venezuela, Rusia, México y algunos países árabes.

Se nos ocurre que ni siquiera al momento de que nos estamos ahogando por las inclemencias del desarrollo insensato van a ver muchos que se propongan salvar al mundo. Y los Trump, los jeques árabes (que ahora se han apropiado hasta del Mundial de fútbol) y otros multimillonarios van a decir que estos miedos son solo triquiñuelas de los izquierdistas. Simples exageraciones de los científicos que optan a los distintos premios que se les ofrecen por sus advertencias tan desoídas. ¿Tendremos que pasar por una hecatombe peor que las guerras mundiales para lograr que tomen conciencia los que adoptan las grandes decisiones?

¿Sacaremos algo del esfuerzo de millones de seres humanos preocupados de limpiar nuestro medio ambiente, moderar el consumo y vivir más en armonía con lo que nos queda de na-

turaliza? Cuando lo más evidente es que todo lo que se haga al respecto desde el Tercer Mundo no sería capaz de contrarrestar el impacto de las toneladas de basuras que producen y desparrraman por minuto los llamados países desarrollados.

En nombre, claro, del progreso y de la democracia, del sagrado derecho a la propiedad y la libre iniciativa.

Informadores mal educados

Cuando estudiamos periodismo, nuestros viejos maestros nos inculcaron que para ser un buen profesional había que hablar y escribir bien y que era indispensable también que tuviéramos una cultura lo más universal posible. Que la especialización no debiera ser obstáculo a la avidez que debíamos tener los periodistas por todo lo que ocurriera en el país, en el mundo y hasta en las profundidades de los mares y la inmensidad del espacio.

En más de alguna ocasión, al repetirle a mis estudiantes este manual de instrucción, me indicaban que ellos solamente aspiraban a ser periodistas deportivos o dedicados a cubrir los espectáculos, que no se interesarían mayormente por la política, la ciencia y las múltiples manifestaciones del arte. Acto seguido me obligaba a darles ejemplos de la ignorancia que demostraban ciertos reporteros en sus informes sobre los eventos deportivos en otros países y continentes. Incapaces de mejorar sus notas con datos de los países o ciudades donde se

encontraban y que siempre son del agrado de los telespectadores y auditores. De esto debía deducirse que la geografía y la historia podían ser fundamentales para explicarse incluso que existieran potencias deportivas, que poco se derivan de la riqueza de sus naciones, sino de las correctas políticas gubernamentales destinadas a perfeccionar la formación de sus jóvenes generaciones.

Ni qué decir lo que puede afectar el rendimiento de los redactores políticos no saber mucho de historia, de los forjadores de los países, de las explicaciones que existen para entender que el mundo está artificialmente dividido en continentes y naciones distintas, y que hasta las guerras y fenómenos como el hambre y las migraciones se explican en estas demarcaciones tan insensatas.

Entender e informar debidamente sobre lo que sucede exige de múltiples insumos intelectuales. El propio periodismo judicial o policial nos impone conocer de las leyes, los procedimientos que siguen los tribunales, así como de las nociones de ética y conocimiento sobre los derechos humanos. Si hasta la muerte de la reina de Gran Bretaña dejó mal parados a algunos que no supieron distinguir entre Inglaterra y el Reino Unido. Y no entendían cómo una monarquía era a la vez una de las democracias más avanzadas del mundo.

Todos podemos dar cuenta de las bochornosas notas de algunos noticiarios en que más por ignorancia que mala intención se condenan a regímenes y gobiernos sin tomar en cuenta las causas y consecuencias que pueden tener los acontecimientos que protagonizan. Conocido es el caso de aquella infor-

mación que daba cuenta de la muerte de nuestro destacado escritor Roberto Bolaño y en que uno de los rostros televisivos chilenos pensó que se trataba del actor mexicano Roberto Gómez Bolaños, el de la serie El chavo del 8.

Para colmo es lamentable el mal uso de nuestro idioma especialmente de parte de los más jóvenes reporteros. Esto es patético en la radio y la televisión, pero también en los diarios, revistas y redes sociales. La palabra “álvido” se usa justo en el sentido contrario de lo que significa según el Diccionario, así como se dice “hace meses atrás” y otras expresiones redundantes. Ya prácticamente se borró de nuestro idioma periodístico y conversaciones las palabras “mucho” o “mucha”, reemplazándolas siempre con las expresiones “harto” o “harta”. Ni qué decir de los anglicismos en que el uso del O.K. sepultó el estar “conforme” o de “acuerdo” con algo en nuestra lengua castellana. Que no es rigurosamente el español.

En lo que a la gramática se refiere, el desastre es completo. Los redactores no saben diferenciar el sujeto del predicado de sus oraciones y las reglas ortográficas que implica ello. Se dice, por ejemplo, “se venden huevos” y no se “vende huevos”, pollos y otros productos. Por todo esto es que quienes nos educamos con profesores de la talla de Radoslav Ivelic o Raúl Muñoz lamentamos tanto sus ausencias.

Hay quienes creen ahora que en el periodismo ya no es necesario escribir y hablar correctamente. De allí los horrores que observamos en las redes sociales y algunas publicaciones electrónicas. Que se asuma tan ligeramente esta costumbre de decir “diputados y diputadas”, “trabajadores y trabajadoras”,

“médicos y médicas”, “hombres y mujeres”, cuando es completamente innecesario en la mayoría de los casos y lo único que provocan es alargar y entorpecer las comunicaciones. Lo que podría llegar al absurdo si nos refiriéramos a los “enfermos y enfermas”, a “consumidores y consumidoras”, “músicos y músicas” y, por qué no, “deportistas y deportistas”, entre tantos otros sustantivos caprichosamente adjetivados. Otro horror es hablar de problemática en vez de problema, entendiendo que la primera expresión es un adjetivo calificativo y no un sustantivo. No sabemos por qué de un tiempo a esta parte se habla de conversatorios y no de conversaciones.

Tampoco habría que estar de acuerdo con todo lo que estipula el Diccionario de la Lengua Española y que rige en un programa televisivo interesante como el Pasapalabra. Hay términos nuestros y formas distintas de usar y pronunciar muchos vocablos. Como la propia expresión “me da pena” que en otros países significa “me da vergüenza” y no tristeza como en Chile. Algo debiera precisar al respecto nuestra Academia de la Lengua.

No tengo nada contra los lindos rostros de la televisión, pero sería bueno que alguien los instruyera y de paso les recordara a los periodistas que no es ético convertirse en locutores comerciales. Que nuestro Código de Ética Profesional por algo lo desaconsejaba, para resguardar nuestra independencia y dignidad.

Locura y genialidad

Siempre se ha dicho que los seres humanos más notables han sido un poco locos y que es necesario que así ocurra para que el mundo cambie o avance. En el recorrido por los gobernantes que se ha dado la humanidad, encontramos emperadores, reyes y jefes de Estado conocidos por sus mentes dislocadas y rarezas. Hasta en el mundo de la ciencia se asume que sus más destacados cultores tenían “suelos los tornillos del cerebro”, así como en el arte los pintores, músicos y escultores al menos consta que fueron algo estafalarios, cuando no orates totales.

Creemos que es solo cuestión de hacer memoria, pero la Capilla Sixtina, la Sagrada Familia en Barcelona, las pinturas de los surrealistas y hasta maravillas como la Gran Muralla China y Machu Picchu suponen arquitectos verdaderamente afebrados o alucinados para proponerse tales obras, las que de paso ocasionaron miles o cientos de miles de muertos en nombre de sus respectivas deidades o delirios de grandeza.

Ya nadie duda de que Hitler o Stalin eran unos dementes, a escala de mayor gravedad que varios de nuestros dictadores y tiranos de América Latina. No sabemos a ciencia cierta cuáles eran sus respectivos coeficientes intelectuales, pero es muy probable que sus inteligencias estuvieran bien por encima de las de la mayoría de los seres humanos. Hasta en el mundo de la literatura, donde sus cultores se exigen largas jornadas de esfuerzo y quietud, sabemos que abundan los escritores que se comportaban al menos extraños y hasta delirantes. Al respecto, lo que más puede costarnos es calcular todo el tiempo comprometido por un Dostoyevski para completar su inmensa obra en tan cortos años, encerrado largo tiempo en la cárcel y privado, por supuesto, de los instrumentos que tenemos hoy. En particular del computador y el acceso libre a los archivos de la Red.

Se trata, sin duda, de creadores, políticos y otros a los cuales podríamos ofender al tratarlos de locos y no, más bien, de genios y seres muy talentosos. Es su grandeza la que muchas veces aparenta locura. Proponerse la Independencia de América y consumarla, por ejemplo, es de los acontecimientos más geniales de la historia, lo que llevó a un estudio de la BBC de Londres a afirmar que Bolívar fue el más destacado líder de los últimos dos siglos. Así como hay tantos otros seres involucrados en la lucha contra la esclavitud, la emancipación de las mujeres por tantos siglos sometidas al dominio machista, o los dedicados actualmente a la defensa del Planeta que indudablemente habla de mentes muy lúcidas, mucho más cuerdas que los que se escandalizan por su arrojo y sacrificio.

Hay una inmensa cantidad de héroes y mártires que fueron tildados de locos por morir por sus ideas y creencias, dejarse devorar por los leones o entregar su existencia en la Cruz. De Cristo mismo (o del hijo de Dios, como muchos lo señalan) se dijo que perfectamente pudo escapar a su agonía si lo hubiese querido, así como hace muy poco un Mandela pudo liberarse de la cárcel si consentía con renunciar a la lucha contra el apartheid.

¿Locos o genios? ¡Por favor no confundamos! Hay un Führer, un Calígula, un Napoleón, como tantos otros tiranos que hasta mataban por diversión, y que en ningún caso podríamos decir que se trata de genios, sino nada más que de psicópatas, o deschavetados. Y jamás ser confundidos con otros en que sus logros y liderazgos les significaron a la humanidad dar enormes zancadas en su progreso y convivencia. Aunque hubieran evidenciado muchas rarezas o excentricidades.

Tampoco debemos confundirnos con seres muy reputados en este tiempo del exitismo trivial y desenfrenado consumismo, como lo son algunos multimillonarios que aparecen tan frecuentemente en los medios de comunicación, causando la admiración de tantos. Casi siempre encumbrados a la fama por el dolo, la simple estupidez de los consumidores y la oligofrenia tan extendida de nuestras poblaciones.

Insensata castidad

Con todo lo ocurrido, extraña que la Iglesia católica todavía no suprima los votos de castidad que le impone a sus sacerdotes y religiosas.

Se puede entender que en el pasado existieron poderosas razones para imponerle a sus ministros tan alto grado de sacrificio y abnegación. Como cualquier institución que busca afianzarse en el mundo, la Iglesia debió contar con “militantes” dedicados exclusivamente a servir a su fe. Pero renunciar a su condición natural, a la vida en pareja y a la procreación terminaron constituyendo un enorme problema, especialmente en un mundo en que se ha desbocado la sensualidad y las mujeres vienen reclamando sus derechos conculcados durante muchos siglos de machismo.

El cardenal Silva Henríquez nos confidenció una vez que la privación más dura que le había impuesto el sacerdocio fue la de renunciar a la familia y a los hijos. Y por lo mismo ahora es que se sabe de cientos o miles de curas que tuvieron sus amores furtivos y hasta dejaron descendientes.

Pero esta “vocación” sacerdotal sirvió muchas veces de verdadero amparo para los homosexuales y lesbianas, los que escudados en sus hábitos y templos pudieron ejercer la sexualidad que en la vida social les era prohibida y reprimida. En el campo chileno durante los siglos anteriores, era conocido eso de que el primer hijo varón debía prolongar la descendencia, los nombres y apellidos de la familia; que el segundo, si no tenía mayores dotes intelectuales, debía abrazar la carrera militar, así como el tercero, formar parte del clero, especialmente si sus progenitores observaban en ellos tendencias feminoides o desinterés por el sexo.

En cada país hay una larga historia de sacerdotes que burlaron sus votos, los que, sin colgar sus sotanas, al menos se las arremangaban frecuentemente. En Chile estallaron los primeros casos y lo cierto es que hasta hoy hemos podido comprobar que, incluso en sacerdotes considerados píos, hubo un sinnúmero de transgresores. Se pudo comprobar que hasta en clérigos que destacaron en la defensa de los derechos humanos hubo quienes se organizaron para abusar de niños y jóvenes. Así como muchos obispos que oficiaron de cómplices y encubridores.

Por cierto, que, desde una visión laica, tendemos a comprender plenamente a los sacerdotes que rompieron sus votos, que incluso cohabitaron con parejas. Era pedirles demasiado que reprimieran instintos tan básicos y que, como hoy se reconoce, también tenían las monjas en relación a su sexualidad y maternidad. Ya se ha asumido que no hay canon alguno en los evangelios que exija los votos de castidad como sacramento. Es

decir, que por mucho tiempo los ministros de la Iglesia eran padres y construían familias.

Lo que indigna, en ese asunto, es el descubrimiento de curas y monjas abusadoras de menores que le han significado a la Iglesia un enorme desprestigio, además del pago de millonarias indemnizaciones. Por lo mismo es que seguimos esperando que el Vaticano revise sus normas al respecto, permita por fin el matrimonio de quienes quieren servir a su fe, pero también acceder a un derecho tan fundamental como el de constituir familia.

El ejemplo lo dan las iglesias evangélicas o protestantes que no exigen este atrabiliario voto a sus pastores. Si hasta permiten que las mujeres puedan ser sacerdotisas y obispas. Podríamos apostar que las vocaciones sacerdotales podrían acrecentarse si se les otorga a sus servidores esta licencia tan humana y también sacramental. Y los padres de familia podrían encargarle con mucha más confianza que antes a los colegios católicos como a los sacerdotes la educación de sus hijos.

Sabemos que en vastas zonas del mundo la soltería de los varones es algo mal visto y que para los sacerdotes célibes es muy difícil ser aceptados en su misión evangelizadora. De allí las dispensas de hecho que el Vaticano ha dado a algunos de sus misioneros servidores. En Paraguay, donde las guerras del siglo pasado redujeron tanto la población varonil, algunos periodistas tuvimos la oportunidad de almorzar en la casa de un sacerdote católico en presencia de su mujer y de sus pequeños hijos. Quien estaba, según nos contó, en completa paz con su obispo y eclesiásticos.

Pensando a Dios

De las lecturas que más nos apasionan destaco las referidas al cosmos, a la inmensidad de lo que existe alrededor del diminuto planeta que habitamos. Nadie es capaz de imaginar a cabalidad lo que los telescopios recién empiezan a registrar, entre los que destaca el observatorio Webb, ubicado a un millón y medio de kilómetros de la Tierra. Allí no más, podríamos decir, si consideramos las colosales distancias de millones de años luz que separan a esa infinitud de galaxias que armónicamente se encuentran dentro del universo.

Es muy valioso y necesario que la ciencia se empeñe en descifrar el origen de todo lo que existe y trate de dar pasos significativos en el espacio, asumiendo que apenas podremos tener registro de lo que está a unos pocos millones de años luz de nuestro sistema solar. Porque ni siquiera estamos seguros de que alcanzaremos a visitar todos los planetas que integran nuestro sistema solar.

Ante esta inmensidad, muchos científicos y pensadores dudan realmente de la existencia de un dios creador, de un origen

inteligente que, de la nada o del caos, creara y organizara el universo. Especialmente les cuesta creer que el dios de la Biblia, Yahvé, sería el autor de todo lo creado, dudando mucho más, todavía, de la versión cristiana de que este dios nos habría hecho a su imagen y semejanza y enviara a su hijo para salvación de la humanidad. Que naciera de una mujer inmaculada, esto es, que no conociera varón para alojar en su vientre nada menos que al hijo del Creador del universo.

Es explicable que dentro de la comunidad científica y de la filosofía surjan dudas enormes sobre la versión de la Biblia judía y, después, respecto de los propios evangelios. Es así como algunos de estos hombres y mujeres de buena voluntad, más que abrigar el ateísmo, prefieren optar por ser agnósticos y, a lo sumo, reconocer que la historia de Cristo es uno de los relatos más hermosos y que pudieran contribuir a la armonía entre los seres humanos y los pueblos. Que más allá de reconocerle al Mesías su paternidad divina, solo lo consideren simplemente un hombre bueno, un predicador bien intencionado, como uno de los principales mártires de nuestra historia entre tantos que se han sucedido. Así como se impresionen de la vigencia que mantiene este profeta judío, cuando en los últimos veinte siglos han caído tantos mitos y creencias y el propio mensaje de Jesús ha sido pisoteado por los odios y las guerras. Y hasta las propias instituciones religiosas que dicen venerarlo hagan tanto por negarlo con sus escándalos y pecados de lesa humanidad.

Sin embargo, hay otros (entre los que me incluyo) que, ante la magnificencia de lo creado y el ordenamiento tan inte-

ligente de lo que existe, nos cuesta creer que todo resultara de la suerte que se encontraran el hidrógeno, el helio y un poco de litio, como se ha escrito; que de esa conjunción se originara la tierra, el agua, el aire y los colosales vacíos del firmamento. Así como las estrellas, planetas y galaxias y los hoyos negros. Que se llegue a acreditar que el Big Bang producido hace solo unos 14 mil millones de años haya estado expandiéndose después de este estallido hasta lograr el tamaño inconmensurable de lo que ahora existe.

Lo que nos pasa es que no podemos creer en tanta casualidad y serendipia por lo que nos es más verosímil, incluso, imputarle a una inteligencia superior esta inmensa obra y acogernos más bien a esa cándida versión del Génesis que, por cierto, se trata solo de una interpretación figurada del universo, escrita en la certeza de que nunca vamos a poder arribar a una explicación completamente convincente sobre el origen de la existencia.

Hasta aquí formamos parte de los seres humanos que comparten la idea de que Dios existe, que son más las culturas, continentes y países teocráticos. Mucho más de los que integran la sociedad llamada occidental y cristiana. Donde no solo los sacerdotes se entregan a Dios sino millones de seres humanos convencidos de que Alá, por ejemplo, está mucho más presente en su cotidianidad, formas de vida y destino que el dios judeocristiano. Una evidencia que ahora hace temblar a las naciones europeas y otras que objetivamente han ido enfriándose en su fe. La misma o todavía mayor convicción que la de los señores cruzados que fueron a Oriente a cristianizar e imponer la autoridad de los reyes y gobernantes católicos.

Pero, aun reconociendo la existencia de un supremo Creador, resulta todavía mucho más difícil aceptar el linaje de Cristo y la versión difundida de sus 33 años de vida. Por más que los evangelistas hayan atestiguado que este predicador sanaba enfermos y hasta resucitaba a los muertos. Por más que se diga, incluso, que al tercer día salió con sus propios pies del sepulcro y que después ascendiera en cuerpo y alma a los cielos. Por más que en su nombre haya habido miles de discípulos, santos y nuevos mártires. Y su mensaje liberador haya concentrado la atención de connotados filósofos y teólogos convencidos de que su reino no va a ser de este mundo y que “los seres humanos estamos en el mundo sin ser del mundo”, realmente. Que para vivir su fe haya que asumir aquellas Bienaventuranzas donde se exige el “amor al prójimo como a uno mismo”; que “de los pobres de espíritu será el reino de los cielos”; que “los humildes heredarán la Tierra” y que alguna vez “serán saciados los que tienen hambre y sed de justicia”.

Y serán bienaventurados los que han sido “perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos será el reino de los cielos”. Agregando que en virtud de estas ideas debemos “derribar de su trono a los poderosos para ensalzar a los humildes...”.

De allí que el ideario cristiano haya iluminado a tantas ideologías políticas y que un notable hombre de Estado como Tomás Moro haya preferido aferrarse en sus creencias antes que abrazar el poder. Que haya abogado en su “Utopía” por la propiedad común de los bienes, proclamando la igualdad social y la tolerancia. Por lo mismo que fue mandado a decapitar por Enrique VIII, después de asegurar que él prefería “arrodillarse ante Dios para así permanecer de pie ante los hombres”.

Siempre se deben tener dudas de fe. El propio Miguel de Unamuno decía que “la fe que no duda es fe muerta”. Lo que cuesta creer después de la lectura de los evangelios, de los “Hechos de los Apóstoles” es que todo fuera un gran embuste y que el propio Cristo haya preferido ser torturado y crucificado para falsificar su identidad y que por él siguieran la misma suerte, desde los primeros cristianos bajo el Imperio romano, hasta los sacerdotes que dieron su vida en la emancipación americana y las luchas de liberación. Como Ghandi, Luther King y hasta nuestro Juan Alsina, entre tantos otros.

No me gusta esa “fe del carbonero” que provoca tantos fieles incondicionales que muchas veces desconocen la “agonía de ser cristiano”, al decir de don Miguel, el difícil camino que debe trazarnos la fe, la esperanza y la caridad más allá de esa devoción vacía y milagrera que llena los templos y reproduce los íconos e ingresos de las iglesias que se valen de los más humildes e incautos, mientras les ofrece la salvación a los más ricos y pecadores. Como si el dinero pudiera exonerarlos.

Buenos para el deporte

Como en todas las actividades humanas hay muchos deportistas que triunfan por sus excepcionales condiciones físicas y esfuerzo. Pero también los éxitos están muy determinados por las políticas deportivas y los recursos que destinen los Estados a la actividad deportiva. Consta que los países socialistas que estaban detrás de lo que se llamaba la “cortina de hierro” se convirtieron en potencias deportivas por los ingentes recursos que destinaron para estos fines. En América Latina, la pequeña Cuba llegó a superar en sus marcas a países como Brasil y Colombia, mucho más populosas y sus habitantes prácticamente con las mismas características físicas. Aceptando, si se quiere, aquello que los negros son más aptos que los blancos para acometer algunas especialidades deportivas. Así como los indioamericanos y los blancos suelen ser mejores en otras pruebas.

En las dos versiones del hockey, por ejemplo, parece que la ventaja la tienen los más bajos y de extremidades más firmes. Quizás sea por ello por lo que los mapuches practican y son

tan diestros en el juego de la chueca. Qué duda cabe que para el básquetbol ser alto les da a sus practicantes la posibilidad de convertir más pelotas en los elevados arcos.

Son los incentivos deportivos y recreativos, además de los adecuados presupuestos, los que logran más y mejores atletas. La ventaja de los países ricos es ostensible, así como el rezago de los más pobres. Es cosa de mirar a Haití y tantos otros países en que la amplia mayoría está por debajo de la línea de la pobreza. Aunque haya países africanos, asiáticos y centroamericanos muy atrasados que destacan a los mejores fondistas del mundo. Alguna explicación ha de haber, al respecto.

La aptitud deportiva es también un asunto social. En Chile es notorio que muchos de los mejores atletas pertenecen a hogares bien alimentados y en que los niños y jóvenes pueden dedicarles mucho tiempo y años a sus entrenamientos. Es cuestión de mirar las diferentes canchas y pistas para apreciar el talento de rugbistas, tenistas, voleibolistas, nadadores, velocistas que deben sus éxitos al elevado estándar social que gozan y que tanto coincide en nuestros países con la tez blanca y cabellos claros. Lo que ocurre en el fútbol y en el box contradice esto nada más porque desde muy niños los pobres practican estas actividades que resultan más baratas y se erigen para sus familias como la gran posibilidad de destacar a uno de sus miembros que los pueda sacar de la pobreza. Al estilo de lo sucedido con un Pelé o un Garrincha en Brasil, por ejemplo. Y tantos casos también en Chile, Argentina y otras naciones.

Pinochet y los otros dictadores de nuestro continente no tuvieron visión siquiera para esto. Se rehusaron a destinar fon-

dos para el desarrollo de los deportes, la construcción de estadios y gimnasios. Era preferible dotar a los jóvenes soldados y policías de más armas y recursos para atacar la delincuencia y al izquierdismo. A lo que consideraban el “cáncer marxista”.

Recién empezamos a ver que hay países que están elevando sus estándares deportivos, por lo que sus nombres, pabellones e himnos son exhibidos en las más importantes competencias. Incluso hay regímenes que vuelven a proponerse lo que hicieron los países socialistas de Europa: destinar recursos para que los jóvenes prefieran practicar deportes antes que delinquir para su subsistencia y la de sus familias.

Países lindos

Cada ser humano considera que su país es de los más hermosos de la Tierra. Pienso que esto no se trata de una actitud fetichista sino de que los bellos paisajes en realidad están muy bien distribuidos por todo el Globo, que en todas partes hay ríos, mares, puestas de sol, bosques y desiertos fabulosos.

Lo que está mal repartida es la población, la riqueza del subsuelo y del fondo de los mares, pero lo peor es que la geografía política y los mapas les asignan grandes extensiones a unos pocos, pero muy insuficientes a muchos pueblos. En El Salvador se dice que ya no cabe más gente, mientras que en China, Brasil, Rusia y Estados Unidos todavía habría más espacio y hasta se obligan, actualmente, a fomentar sus crecimientos demográficos, después de que por años impusieron el control de la natalidad y los abortos. Pese a todo lo que se diga, las migraciones siguen representando una gran solución para los países más prósperos donde la mano de obra se ha encarecido y el afán de vivir en el ocio prospera en sus clases pudientes.

La gracia de Chile es que aquí tenemos un enorme y rico océano, un vasto y colorido desierto, así como en el sur abundan los bosques y lagos. Con poca población, incluso, aunque paradójicamente la mayoría de los chilenos vive en la pobreza y muchos habitantes del sur y del norte nunca podrán siquiera visitar los extremos de nuestro territorio, así como la propia Capital. Nuestros yacimientos y reservas naturales debieran tenernos asegurado no solo el presente, sino el porvenir.

Dado lo anterior es que, en general, tenemos ciudades y pueblos feos y sucios. Al contrario de lo que sucede en los países ricos en que sus concentraciones urbanas son de fantasía, como la ciudad de Brujas, en Bélgica, la misma París, Roma, o Boston, en Estados Unidos, entre muchos ejemplos que podríamos destacar quienes hemos tenido el privilegio de viajar por el mundo o, como consuelo, seguir aquellas teleseries turcas en que inteligentemente se luce la inmortal Estambul y otras ciudades.

Se le echa la culpa a los terremotos y tragedias naturales que no tengamos bellas ciudades, pero lo cierto es que es la incultura de quienes las habitan la gran responsable de su fealdad. Tenemos hermosos sitios en que la basura, la moda del plástico, como el desaseado comportamiento de la gente son lo que nos ennegrece el panorama. Si prácticamente todo lo que se vende y nos llega con las importaciones es desechable y, con frecuencia, muy innecesario.

Indigna ver cómo el otrora pintoresco puerto de Valparaíso hoy muestra rayados todos sus muros y hasta hay quienes acostumbran a defecar en sus escaleras y andariveles, conspi-

rando contra la honra de haber sido señalado por la Unesco como Patrimonio de la Humanidad.

Envidia ver cómo las legítimas protestas sociales que se expresan en todo el mundo respetan la dignidad cultural de tantos edificios y monumentos, mientras que aquí se atenta hasta contra iglesias y sitios arquitectónicos de enorme valía. No se entiende que la ira cargue contra nuestra historia, valores culturales y tradiciones. Y que, al tiempo que se exigen recursos para recuperar a los liceos más emblemáticos, sus estudiantes los dañen con sus bombas, piedras y hasta atentados incendiarios.

Asimismo, en mucho de lo que se ha hecho por recuperar y modernizar la locomoción colectiva, todas las semanas se retrocede con buses ultramodernos que son incendiados por los grupos más iracundos. Ir a Londres y otras ciudades es comprobar cómo la belleza urbana incluye a sus medios de transporte público, garitas, grifos, luminarias y otros que aquí se destruyen y deben ser reemplazado por recursos de fea manufactura y calidad.

Parece que solo nos conformamos con nuestros bellos paisajes naturales, pero poco nos importa la salud de las playas, plazas y calles derivados en verdaderos basurales. Sumado al hecho de que ahora muchos se obligan a tapiar sus casas, encriptar sus poblaciones a fin de protegerse de la delincuencia que campea en todo el país. Produce envidia visitar esos mercados de tantas ciudades y pueblos de nuestra propia región latinoamericana, donde se puede apreciar su rica tradición culinaria y se constituyen en recintos seguros y comedores

públicos que hacen parte de la belleza cultural. Toda vez que existen en muchos países verdaderos incentivos gubernamentales para el desarrollo de la artesanía. La que en nuestro país deja mucho que desear al compararla con la de los mexicanos, brasileros y caribeños en general.

Ojalá que la voracidad de los inversionistas no termine por destruir y seguir afeando nuestras costas y lugares de tanta belleza natural como la que se puede contemplar en un Valle de la Luna, allá en el norte, los bosques y ríos de la Araucanía, como la austral y nevada Patagonia. En relación a nuestro panorama cultural, asombra leer una encuesta en que los chilenos se han convencido de que su baile típico es la cumbia, la que ha desplazado a la cueca y otras danzas en las típicas fondas que se levantan con nuestro aniversario patrio. Ramadas hoy constituidas en lugares de verdadero desenfreno en el consumo del alcohol y los productos charrarra. En el país más obeso y de mayor consumo de tabaco y alcohol entre los de la OCDE.

Ser mayor de edad

Para el derecho penal una persona es imputable frente a la justicia apenas cumple los dieciocho años. De la noche a la mañana nos constituimos en adultos de acuerdo a la ley, así como responsables de las acciones que cometamos. Se sabe que durante nuestra niñez podemos pensar y decir muchas cosas, pero al cumplir los dieciocho forzosamente pasamos a ser responsables tanto de obra, palabra u omisión.

De allí que las bandas criminales busquen reclutar niños para cometer sus delitos. En los robos de autos y asaltos es ahora habitual en Chile comprobar que están involucrados jóvenes que cuando son detenidos por las policías rápidamente deben ser liberados y entregados a sus padres. Hay quienes proponen hacer efectiva la mayoría de edad a los dieciséis años, como ocurre en algunos países europeos, pero es difícil que el Derecho pueda dar un traspasé así y ponerse en tela de juicio frente a un mundo cada vez más celoso de los derechos humanos y, especialmente, de la niñez.

En virtud de lo anterior, hay muchos casos en que muchos de apenas 18 o 19 años son condenados a severos años de cárcel, como si de un día para otro los seres humanos hayamos llegado a la madurez y adquirido plena conciencia y responsabilidad frente a nuestros actos. Entendemos que esto tiene que ser así y que lo dispuesto en nuestros códigos son el reflejo de una concienzuda decisión de nuestros legisladores.

Para la política, sin embargo, la mayoría de edad es algo muy relativo. Desde muy antiguo, consta que los jóvenes rebeldes que rompen con los cánones tradicionales y hasta desafían el Estado de derecho después suelen llegar al poder olvidándose de lo que proclamaron en sus protestas y airadas movilizaciones. De esta forma, la violencia que alentaron y practicaron en sus juveniles manifestaciones, pasa a ser un grave estigma en sus posteriores gobiernos. De esta forma es habitual escucharlos decir que “aplicarán todo el peso de la Ley” a quienes subviertan el orden público. De pronto, las policías pasan a ser sus aliadas, olvidándose de todo lo prometido en cuanto a reestructurar sus instituciones y perseguir los despropósitos de sus efectivos en las manifestaciones públicas y otras muestras de disconformidad social y colectiva. Las que, obviamente, siguen produciéndose, porque ya sabemos que con los cambios de gobierno tampoco se solucionan, y ni siquiera se acometen, los grandes problemas del país.

Hay numerosos jóvenes que hoy son ministros y altos funcionarios públicos que darían cualquier cosa por borrar los registros de Twitter, por ejemplo, cuando acusaban de criminales a los policías que reprimían sus movilizaciones estudiant-

tiles, llamaban a la desobediencia civil y al menos guardaban cómplice silencio con los desmanes cometidos por “las barras bravas” de la protesta social. Jóvenes que entonces prometieron, incluso, someter a los Tribunales a un Sebastián Piñera apenas llegaran a La Moneda.

Como “pecados de juventud” los chilenos hemos debido asumir siempre las incontinencias verbales de los líderes que, bien pasaditos de la mayoría de edad, profieren amenazas y hasta se involucran en graves desmanes y atentados contra la propiedad privada, el orden público y hasta las construcciones patrimoniales. Que llamaran a los chilenos a evadir el pago del Metro, y a marcar una tajante distancia de los políticos y partidos que los antecedieron en y que, ahora, hasta son convocados a cogobernar.

Ni qué decir la forma en que los líderes mapuches, ayer endiosados, hoy caen en desgracia y en toda la Araucanía se acentúa la militarización. Algo extraño si consideramos que hace menos de un año los diputados de izquierda, hoy en la Moneda, se oponían tenazmente a los estados de excepción solicitados por el Gobierno derechista para encarar a los mismos referentes y combatientes que hoy continúan reprimidos y son severamente fustigados por sus aliados de ayer.

No podemos tener sino un mal pronóstico, además, respecto de las reformas prometidas en materia económico social, cuando en sus primeras manifestaciones los nuevos gobernantes buscan sin remilgos la anuencia de las patronales como del establishment estadounidense.

Es claro que “otra cosa es con guitarra”, pero los cambios de postura nunca habían sido tan veloces y ostensibles como hoy. Los políticos, por supuesto, nos tienen acostumbrados a burlar sus promesas cuando llegan al poder, pero nunca las desafecciones se habían producido con tanta desfachatez e impudor. Provocando, por lo mismo, un gran desencanto en la población, según se aprecia en las encuestas, pero sobre todo al quedar demostrado en el último plebiscito constitucional.

La impunidad política, asimismo, es la que campea en Chile, más allá de las sanciones electorales con que la democracia, se dice, castiga a los políticos volubles. Los que profririeron toda suerte de temeridades en el pasado ahora ni siquiera se sonrojan. Perciera que todo se vale en la conquista del poder y, peor aún, en la retención de este. Y, claro, se trataba de jóvenes incautos, inexpertos, pero en ningún caso menores de edad como para ser redimidos tan fácilmente.

No dejamos de pensar en aquellos jóvenes apenas de 18, 19 o 20 años procesados y condenados por acciones que en muchos casos también tenían que ver con la política, si consideramos los asaltos a establecimientos comerciales y la destrucción del patrimonio urbano sucedidos con el Estallido Social. Quienes, aunque hubieran traspasado el umbral de los dieciocho años, posiblemente tampoco tenían la madurez necesaria para discernir plenamente. A pesar de que no pocos de estos ya tenían en el cuerpo una carrera universitaria, además de una privilegiada condición social y educacional, si se los compara con aquellos anónimos insurgentes detenidos en las protestas o la rebelión del pueblo Mapuche.

La “beca Pinochet”

Los partidarios acérrimos de la Dictadura por supuesto siempre negaron los crímenes más horribles cometidos por los militares, así como justificaron muchos atropellos a los derechos humanos que no se podían disimular. Uno de estos fue el del exilio, aquella diáspora que tuvieron que sufrir muchos miles de compatriotas en los más diversos países del mundo.

Para quienes sufrieron el desarraigo, siempre constituyó un dolor inmenso dejar su país, alejarse de sus familiares y empezar de nuevo un enorme esfuerzo por sobrevivir en el extranjero, enfrentarse a otras culturas, aprender otros idiomas y tener que trabajar en lo que fuera para sustentarse y poder reunificarse con sus familiares, cuando estos tuvieran la posibilidad de seguirlos en su nueva vida.

Pocos chilenos pudieron continuar haciendo fuera del país lo que sabían hacer según su formación. Muchos profesionales simplemente no pudieron revalidar sus estudios en el exterior y tuvieron que encarar los más diversos oficios para sustentarse.

Conozco el caso de un destacado abogado que se dedicó a zapatero en París, así como tuvieron que emprender toda suerte de artesanías compitiendo con la ventaja que en este sentido siempre tuvieron otros latinoamericanos. De forma que, en las calles de los países escandinavos, por ejemplo, muchos compatriotas se dedicaron a fabricar emboques, yoyos y otras diversas manufacturas que se incorporaron a los juegos de los niños suecos y finlandeses, entre otros.

En materia gastronómica, son innumerables los emprendimientos para fabricar y comercializar empanadas, humitas, sopaipillas, motes con huesillos y otros productos comestibles y bebestibles. Al mismo tiempo que en muchas ciudades del planeta empezaron a proliferar los restaurantes de comida chilena que también tuvieron que enfrentar severa competencia con los de gastronomía argentina, peruana y de otras naciones latinoamericanas o asiáticas y africanas.

Durante esos años tuve la magnífica oportunidad de ser invitado a muchos países en que había altas concentraciones de chilenos. Para mi quehacer periodístico fue una experiencia muy vital ser acogido en los hogares de los chilenos exiliados. Darme cuenta de sus distintas vicisitudes, conocer cómo sus hijos se ambientaban a la nueva vida, al mismo tiempo que conocer a los que nacían en el extranjero.

En general, lo que se podía comprobar era la idea que prevalecía en casi todos ellos en cuanto a que su desarraigo no podría extenderse por mucho tiempo, que Pinochet caería luego y todos podrían regresar a sus tierras para reencontrarse con los seres queridos que habían permanecido en Chile.

La esperanza del pronto regreso era algo que les mitigaba el dolor que todos experimentaban y se animaban a hacerlo participe con los “compañeros del interior”, como así nos llamaban. Sin embargo, este sueño fue un enorme obstáculo a la posibilidad de integrarse a sus sociedades de acogida, emprender estudios y ganar destrezas que los llevaran a una vida más prospera. Pudimos observar que habitualmente sus casas tenían solo lo básico, es decir, sus camas y siempre una mesa que servía para reuniones y para comer. Casi no había hogar chileno en que no hubiera también una guitarra, hasta el grado que en Alemania alguna vez me plantearon, a manera de elogio, que nuestra principal virtud parecía ser la del canto. Un talento que se generalizaba aún más por el éxito obtenido por grupos como Illapu, Quilapayún, Inti-Illimani y otros.

Fue evidente que nuestra diáspora estuvo formada por miles de chilenos de origen humilde, tanto así de que se hablaba también de un exilio económico, es decir, de quienes se habían obligado a dejar su patria simplemente para encontrar un mejor estándar de vida, sin perjuicio de que generalmente se trataba de gente que salvó además de los campos de concentración y de la tortura por sus convicciones políticas, pudiendo emigrar gracias al apoyo de una cantidad de organizaciones de DD. HH., religiosas y benéficas que reconocieron el peligro que les significaba su permanencia en Chile. Más allá de la militancia política que pudieran acreditar al llegar al extranjero, a muchos les bastaba reconocer que escapaban de uno los regímenes más inhumanos en la historia de la humanidad.

De este exilio podrían constatarse miles de casos dramáticos. Tarea que sigue muy pendiente para verificar entre otros a ese sinnúmero de familias que terminaron de destruirse en el extranjero, a centenares de jóvenes que se perdieron en la droga y las atractivas tentaciones que le ofrecían especialmente las sociedades de bienestar europeas. Para constatar esas decenas de suicidios, gente trastornada psicológicamente, como también aquellos muchísimos casos de chilenos que ya nunca pudieron retornar y traer de regreso a sus familias.

Aunque los países huéspedes se comportaron por lo general ejemplarmente hospitalarios, no se discute que no pocos compatriotas tuvieron que sufrir discriminaciones, ser objeto de actitudes racistas o xenofóbicas, las mismas que ahora afectan a los inmigrantes del Chile actual. De allí que hablar de la “beca Pinochet” para menoscabar su tragedia sea tan inmisericorde. Cuando, hasta el día de hoy, podemos recordar esos encuentros con centenares de compatriotas que nos ofrecían sus lágrimas al separarnos de ellos y nos hacían volver al país también cargados de angustia y, por supuesto, de ira.

Pero debemos reconocer que hubo, también, una casta de dirigentes políticos, gente de familias acomodadas que, aunque también enfrentaron muchas dificultades, tuvieron mejor suerte. Esto es por la posibilidad de contar con dinero para establecerse cómodamente afuera, cultivar amistades entre los políticos anfitriones, conseguir mejores trabajos y hasta buenas posibilidades de perfeccionarse en universidades de excelencia.

Aludo también a esos dirigentes de partidos que se ocuparon casi exclusivamente de coordinar las acciones políticas

de lucha contra la Dictadura, a esos centenares de operadores muy bien acogidos por los partidos “hermanos”, los gobiernos amigos, las fundaciones y las generosas fuentes de financiamiento, lo que les permitió viajar constantemente por el mundo, asistir a esa vorágine de reuniones internacionales, cuanto valerse de la actividad de esos miles de chilenos más anónimos que llevaban el gran esfuerzo de visibilizar en el extranjero lo que era la tiranía chilena, buscar la solidaridad de los diversos pueblos de acogida e, incluso, juntar pesos para derivárselos a sus dirigentes.

Así como pudimos convivir con esos exiliados que sufrían a diario las inclemencias del desarraigo, también el periodismo nos permitió estar en las casas de los exiliados palogruessos, de los que se establecieron, por ejemplo, en los alrededores de la plaza Navona de Roma, la Île de París y pudieron disfrutar de generosos sueldos otorgados por instituciones académicas como las pudientes mexicanas, cuyos sostenedores pertenecían a la elite corrupta del PRI gobernante, que se ufanaba de recibir como exiliados solo a chilenos que fueran profesionales y tuvieran la posibilidad de acceder algún día a La Moneda o al Parlamento.

No citaré a los renombrados políticos chilenos del exilio que vivían en jauja y que volvieron después al país con una billetera más abultada de la que tenían antes. A los que practicaron verdaderos dispendios con los recursos que les llegaban de sus bases partidarias, de los innumerables conciertos de los artistas chilenos que recorrían el mundo para conseguir dinero para la llamada resistencia. Dirigentes socialistas, líde-

res sindicales comunistas, eminentes socialdemócratas y hasta miristas amigos de los regímenes afines o, más que ello, donde se encontraban los políticos más corruptos del mundo o extraviados respecto de lo que era Chile y se merecía después de diecisiete años de interdicción ciudadana.

La enorme inequidad que aún vive nuestro país se hacía patente también en los diferentes tipos de exiliados. Quizás una desigualdad más aguda todavía de la que existía en el Chile sesentero o setentero. No podemos dejar de pensar, tampoco, en esas decenas de exiliados que volvían clandestinamente a nuestro territorio instados por sus dirigentes y que, por lo general, vinieron a encontrar la muerte, la cárcel o tuvieron que volver al exterior condenados al extrañamiento.

Podríamos dar nombre y apellidos, pero prefiero que los lectores descubran en la política que siguió a Pinochet a quiénes al bajarse de los aviones en Chile pasaron a copar rápidamente las organizaciones políticas y acceder velozmente a los altos cargos públicos. Quienes formaron prontamente alianzas de gobierno que en poco tiempo se unieron con los acérrimos enemigos de ayer para competir con éxito en las elecciones. Sin rubor alguno por las absurdas divisiones que mantuvieron en el exilio y que al parecer explican que sus distintas capillas políticas pudieran extender sus tentáculos hacia las más diversas fuentes de financiamiento. Para finalmente volver bien premunidos al país.

Pero no solo arribaron a los poderes públicos, sino también a los directorios de las sociedades anónimas, entrando en

rápida connivencia con el pinochetismo empresarial y recibir sus estipendios a cambio de la impunidad que les extendió la posdictadura. La que nos sigue rigiendo, por supuesto.

En estos casos, sí podría ser razonable considerar que fueron favorecidos por la beca del Dictador. Coincidiendo en que también muchos de ellos fueron justamente los primeros en ser autorizados por las fatídicas listas de retornados del Régimen Militar. Como Enrique Correa, aquel rabioso dirigente de antaño que Pinochet se lamentó no haberlo conocido antes para nombrarlo como uno de sus ministros.

La entronizada corrupción

Por mucho tiempo de Chile se decía aquí como en el extranjero que éramos un país excepcional en América Latina puesto que teníamos muy bajos índices de corrupción. Nuestra probidad contrastaba con la corrupción mexicana o argentina, sin duda los dos países que todavía se suponen muy afectados por este flagelo.

Lo que debemos pensar en relación a esto es que más bien somos muy expertos en cultivar nuestra buena imagen y, al mismo tiempo, achacarles los vicios a los demás. Acusar a los gobiernos del PRI y de los peronistas, por ejemplo, como prototipos de la corrupción. Escandalizándonos de la paja en el ojo ajeno, sin considerar la viga en el nuestro.

Solo si nos remontamos a los últimos cien años de historia política, podemos comprobar el ascenso de partidos y agrupaciones que llegaron siempre al poder proclamando la voluntad de combatir la corrupción. Los gobiernos radicales de Pedro Aguirre Cerda, Juan Antonio Ríos y Gabriel González Videla hicieron visible su voluntad de servir a la clase media y, aun-

que exista una buena evaluación de sus éxitos en La Moneda, demoraron muy poco en cobrar también mala fama. Esto es, que el pueblo los tildara de negociantes y desvergonzados por el asalto que hicieron muchos de sus militantes a las arcas del fisco, así como la oportunidad que tuvieron de emprender lucrativos negocios en su favor al abrigo del Estado.

El último gobierno radical sumaría el estigma de haber violado los derechos humanos, confinando a muchos opositores y exiliados en campos de concentración, tal como en la dictadura de Carlos Ibáñez no pocos disidentes fueron enviados al exilio. A la administración derechista de Jorge Alessandri se le reprochó ácidamente haber gobernado un tiempo con los radicales, nada más que por la mala imagen que ya tenían sus dirigentes y militantes. De esta forma es que el “Paleta”, que se ufanaba de ser muy probo, apenas pudo los sacó casi literalmente a patadas de La Moneda.

A decir verdad, también conspiró contra el prestigio del radicalismo el hecho de que muchos de sus miembros y figuras relevantes integraran la Masonería, la Gran Logia de Chile, en un tiempo en que abrazar estas convicciones y rituales constituía un pecado mortal, especialmente para los católicos.

La Falange Nacional, la Democracia Cristiana surgió marcada por el mesianismo, la idea de que la política era una vocación de servicio público y que nunca se permitiría en sus filas a gente aprovechadora, a los que buscaran enriquecerse en el poder. Sin embargo, en muy pocos años esa promesa se vio contradicha por el crecimiento explosivo y poco selectivo de sus militantes, la elección de parlamentarios que ni los

propios falangistas reconocían, así como el acceso al Gobierno de una gran cantidad de asesores que a poco andar mostraron su codicia y se enriquecieron en tiempo récord en el manejo de los programas de vivienda, la operación política de la Promoción Popular y las buenas oportunidades de negocios que les tributara acceder a la gran minería del cobre, administrar la propia Reforma Agraria y armar suculentas cajas electorales para financiar las elecciones. Después de que los recursos dispuestos por Henry Kissinger ayudaran a financiar la campaña presidencial de Frei para así atajar el triunfo de Allende y la Unidad Popular. Un hito que después prácticamente todos los partidos fijaron como costumbre, pasar la patena por el mundo, especialmente en aquellos países en que existían referentes políticos “hermanos”. Algo que está prohibido por nuestra institucionalidad electoral, pero de lo cual existen probadas transgresiones hasta nuestros días.

En esta práctica de financiar los partidos y los procesos electorales con aportes del extranjero, de la empresa privada o de la franca malversación de los caudales públicos se dio origen a los llamados “operadores políticos”, que en lo sucesivo tuvieron sitio seguro en la administración pública, los departamentos internacionales de los partidos y las propias embajadas de Chile en el extranjero. Donde es corriente apreciar como mérito diplomático la seducción de inversionistas que paguen suculentas coimas por la posibilidad de asentarse en nuestro país.

Allende gobernó poco tiempo y sus principales colaboradores fueron eliminados, forzados al exilio y, por supuesto, difamados y calumniados. Hasta al extinto mandatario se le

acusó de corrupción, de vivir como pachá, pero la verdad es que esperamos por muchos años que la Dictadura de Pinochet demostrara sus acusaciones ante la Justicia. Algo que realmente no se concretó, sin perjuicio de que justamente entre sus operadores políticos se pudiera demostrar desvíos fragrantes de alimentos y recursos destinados a los más pobres.

Las expropiaciones de empresas supusieron, también, no pocos abusos y apropiaciones indebidas, aunque todo aquello se desdibujara con el horror que siguió al golpe de Estado y el gigantesco asalto a las empresas fiscales. Además de los inmorales presupuestos en favor de las Fuerzas Armadas y de los adictos del régimen que se enriquecieron gracias a operaciones fraudulentas que han prescrito o quedado en la impunidad.

Allí están en la memoria los “pinocheques” y otros escándalos que dejaron acreditado que el criminal Dictador, su esposa y sus hijos fueron los principales ladrones del régimen. Seguido de esa cáfila de empresarios que favoreció y multiplicaron por mucho su fortuna y hoy, incluso, han sido catalogados de “honestos” por el propio presidente Boric.

No se ha escrito la historia de lo sucedido en esta materia durante la diáspora, donde las organizaciones antipinochetistas tuvieron acceso a ingentes recursos aportados por los países que apoyaron el retorno de la democracia. De los aportes estatales bien intencionados, especialmente europeos, que circularon entre todas las expresiones del llamado Chile Democrático y de las denominadas organizaciones antifascistas. Entre los que hay que considerar especialmente a la socialdemocracia

internacional, como el aporte en dinero y armas de los países socialistas. Erogaciones que tenían la mejor intención, pero que fueran filtradas por quienes las gestionaban y recibían a fin de asegurarse un buen ir y venir por el mundo, como un “justo recaudo” por los sacrificios y riesgos que enfrentaban en estas faenas. Ya hablamos antes del exilio dorado que tuvieron algunos dirigentes al respecto.

Existen muchos extranjeros solidarios que podrían dar cuenta de cómo se distraían en el exterior recursos destinados con la mejor buena fe para financiar la resistencia interna. De ese millón de dólares que entonces otorgó una fundación sueca como aporte al movimiento sindical chileno y que se desbaratará antes de llegar a nuestras fronteras. Así como los cubanos tuvieron que decepcionarse de algunos dirigentes chilenos que consideraban revolucionarios, pero que demostrarían una inmensa avidez por el dinero.

Nunca se supo qué sucedió con ese inmenso acto de solidaridad en la plaza Navona en Roma en que miles de italianos recaudaron otro millón de dólares en dinero, joyas y obras de arte para la lucha del pueblo chileno. Así como todo lo reunido por centenares y miles de actos y concentraciones en París, los países bálticos, México, Buenos Aires y las capitales y ciudades del mundo entero. Mientras muchos mandamases del exilio político enviaban migajas a los combatientes que daban la vida en Chile, vivían precariamente en las cárceles y muchas veces no tenían recursos para sostener siquiera su lucha judicial. Como no hacer mención de ese bullado y criminal secuestro a un empresario brasilero en que se distrajeron recursos que se

dijo se destinarían a la defensa de quienes perpetraron este y otros plagios y debieron afrontar largos períodos de cárcel.

Por mucho tiempo más, Chile gozaría de una excelente imagen y la probidad de quienes llegaron a La Moneda después de Pinochet no estuvo en entredicho, hasta que aparecieron los sobresueldos secretos a los ministros y otros funcionarios del Gobierno de Lagos. Y se gestionaran millonarios aportes a las campañas presidenciales de parte de una empresa mexicana a objeto de estar presente en las políticas de concesiones de los gobiernos de la Concertación.

Todavía se tramitan en los Tribunales causas que buscan demostrar los negocios turbios del hijo de Michelle Bachelet con su esposa Natalia Compagnon. Así como tampoco se castiga la inmoralidad de esos parlamentarios de la República que recibieron aportes ya comprobados para que legislaran en favor de sus intereses. La impunidad que los favorece y ha consolidado a Julio Ponce Lerou, quien fuera yerno de Pinochet, como el multimillonario dueño del salitre y del litio. Quien, a sugerencia de un hábil e inescrupuloso operador de la Concertación, otorgara erogaciones a diestra y siniestra. Esto es a la derecha como a la izquierda que ahora gusta denominarse como socialista democrática. Sin olvidarnos del escándalo continental político empresarial de Lava Jato-Odebrecht por el cual empinados “próceres” del izquierdismo continental recibieron desde Brasil recursos en Ecuador, Perú, Bolivia y, por supuesto, Chile. Proceso que llevó a la cárcel a Lula da Silva y varios de sus colaboradores del Partido de los Trabajadores, pero que hoy, curiosamente, es reelegido como Presidente de

la República, aunque por una escasa ventaja sobre el corrupto, también, Jair Bolsonaro.

Sería larguísimo hacer este recuento, aunque confiamos en que los chilenos conserven todavía fresca en su memoria esta suma de escándalos. Por todo lo cual ya nadie se atreve a proclamar que Chile está libre del flagelo de la corrupción. Es más, lo ocurrido con la indecencia política y empresarial tiene correlato en un fenómeno de más reciente aparición como es la instalación en nuestro país de los carteles del narcotráfico y del crimen organizado. Con lo cual nuestro país suma a su desprestigio el haberse constituido en uno de los más peligrosos de la región. Y el malestar social por esto y por la falta de probidad de la política ya experimentó un severo Estallido Social y no se descarta que vengan otros.

La farándula mata el espíritu

En mis largos años como profesor de periodismo, tuve la oportunidad de conocer a muchos jóvenes que optaron por trabajar en los canales de televisión. Sobre todo, si eran apuestos, ya fueran hombres o mujeres, siempre les resultaba más fácil y mejor retribuida esta opción por sobre la de tomar una plaza periodística en la llamada prensa de papel, la radio o los medios digitales.

Lo cierto es que un reportero de la televisión puede obtener honorarios tres o más veces por encima de los de sus colegas de otros medios y, desde luego, cumplir con un trabajo a menudo menos exigente, intelectualmente hablando, por supuesto. En la TV lo que más se necesita es audacia, estar dispuestos a enfrentar las cámaras sin necesidad de prepararse mucho, sin el riesgo de dejar en papel los errores que se cometen habitualmente tanto de forma como de contenido. Lo anterior implica el mérito de hacerle frente, y sin sonrojarse, a los temas más disímiles. De improvisar con prestan-

cia, hasta con temeridad, trátase de accidentes, de incordios políticos, de cultura, economía y de ese sinfín de materias que deben cubrirse.

Solo el deporte parece destacar reporteros propios, los que tampoco demuestran demasiada experticia, porque de lo que más se preocupan sus notas es de entregar los resultados de las distintas contiendas, además de inmiscuirse en la vida personal y laboral de sus cultores, un interés muy demandado siempre por los televidentes. De allí que haya prácticas deportivas que son muy interesantes y sería conveniente de promover más allá del fútbol y el tenis. Y solo tengamos que esperar grandes eventos deportivos para poder saber qué pasa en el atletismo y otras diversas manifestaciones del talento físico.

Parece no haber mucho tiempo en la TV para investigar adecuadamente. Tampoco, al parecer, los recursos que se necesitan. Todo es velocidad, competencia y búsqueda de buen rating. Una faena en que los periodistas egresados de las universidades van secándose culturalmente, como que en poco tiempo se conforman con ser considerados como “rostros”, más que profesionales de la comunicación social. Ya lo hemos anotado antes, los principales conductores de estos espacios de lo que más se preocupan es de verse bien frente a las cámaras, caerles bien a sus telespectadores y de reír constantemente. Esto es, que cada emisión resulte una verdadera fiesta.

Pese a su cartón universitario, habitualmente parecen promotores comerciales, siempre con un café en la mano y estrenando a diario las más diversas tenidas que les proporcionan

las firmas auspiciadoras, porque ciertamente sus ingresos, por abultados que sean, no les permitirían mantener tan nutridos y onerosos roperos.

Me di el cálculo durante un mes de anotar los cambios de vestimenta de una conocida conductora de televisión para comprobar que cada día renovó la totalidad de sus vestuarios e incluso zapatos. Además de cambiar varias veces su peinado y maquillaje. Al respecto, me hice asesorar por una experta en modas para concluir que el sueldo que recibe simplemente no le alcanzaría para darse tales lujitos por las cámaras. Sobre todo, si consideramos que también deben vivir muy bien, comer adecuadamente, sostener a sus familias y, por supuesto, vacacionar en lugares bien exclusivos.

La televisión por cable nos permite en Chile acceder a diversos canales latinoamericanos y europeos, incluso poder sintonizar las emisiones chinas. Recurrir a esta diversidad mediática es una forma de quedar mejor informados, aunque por lo general los vicios que adolecen nuestros canales no son tan distintos a los de Argentina, Colombia y otros países. Sin embargo, no llegan a los extremos de Chile en esta materia, y es posible a diario acceder a informes de buenos comentaristas y reporteros. Aquellos que son capaces de ponerle “valor agregado” a las noticias, recurriendo a los consabidos antecedentes y, por supuesto, demostrarse capaces de sostener amenas e informativas entrevistas.

Debo testimoniar que no pocos de estos “rostros” de la TV fueron alumnos míos y hasta trabajaron en los medios

que tuve el honor de dirigir. De esta forma, es que pude comprobar en varios de ellos inteligencia, sagacidad y una destacada rigurosidad ética. Como muchas veces también un alto compromiso político y sensibilidad respecto del tema de los DD. HH., que tanta importancia tiene todavía en nuestras pautas periodísticas.

Pero desgraciadamente al emigrar después a la televisión es posible comprobar que ya no mantienen esa vocación de servicio y fidelidad con lo que realmente observan. Conversando con algunos de ellos, pude comprobar que apenas revisaban los titulares de los diarios, que dejaban transcurrir demasiado tiempo entre la lectura de un libro y otro. Así como quedé decepcionado con su pobre conversación, acotada a sus holgadas formas de vida, sus adquisiciones y a lo que llaman el “carroteo” cotidiano después del trabajo.

Pero lo peor fue el reconocimiento que nos hicieron de que muy habitualmente no se atrevían a decir lo que realmente constataban, ya que con ello temían molestar a sus superiores o ahuyentar a los auspiciadores de sus espacios. Es decir, ejercían una feroz autocensura y se perdían el respeto cotidianamente, cuando en realidad de la noche a la mañana esto no sería reconocido y podrían ser sustituidos por otros colegas más jóvenes y sin interés, tampoco, por heredar un legado y satisfacer las expectativas que las escuelas de periodismo pusieron en ellos.

Años atrás pude observar en la televisión francesa a una lectora de noticias y entrevistadora muy lúcida y guapa que aparecía a diario con discretas innovaciones en su vestuario.

Más allá de sus hermosos ojos verdes, me quedó el recuerdo de la solvencia que demostraba en el análisis de los temas políticos e internacionales más complejos. Lo mismo que muchas veces se puede comprobar en los reporteros y analistas latinoamericanos que destacan en CNN internacional, en la BBC y otros poquísimos medios extranjeros. Profesionales que, ciertamente, hablan correctamente, aunque sea con sus acentos originales. Periodistas que después de sus programas se nota van a prepararse en los temas que abordarán más tarde o al otro día. De todos los cuales los telespectadores pueden regocijarse por su capacidad de entender el mundo y difundir la actualidad adecuadamente.

Cómo no agregar a esta crónica el bochorno que nos hacen pasar algunos de esos periodistas viajeros que nos llevan a distintas localidades de Chile y ciudades de todo el mundo, los que realmente nos aportan mucho en conocer la geografía humana nacional y universal. Lo penoso, sin embargo, es la actitud de muchos de estos cuando se enfrentan a comunidades modestas, a emprendimientos populares notables, a muestras muy valiosas del folclore y la artesanía, ante los cuales no pueden disimular su espíritu pedigüeño, su empeño en ser atendidos gratuitamente, además de mendigar productos que estos cultores realizan con mucho esfuerzo y deben vender para solventar sus vidas. Agrego el estupor que nos produce la forma en que tratan a los entrevistados más humildes al tutearlos de inmediato y demostrando un total paternalismo. Sin considerar sus edades y corrientemente una solvencia mayor que la de sus entrevistadores.

Entre todos estos, hay un reportero español que, a pretexto de difundir platos de la cocina chilena, pasa de patache en patache todas las semanas y llega hasta los lugares más recónditos del país a saciar su apetito y el de los productores de su programa que se trasladan con él. Entre paréntesis, ello me llevó al recuerdo de una periodista gastronómica muy seria y cuyo oficio era visitar todas las semanas distintos restaurantes para acreditar ante sus lectores y auditores su calidad. Pues bien, esta reportera nunca anunciaba sus visitas, se dejaba caer siempre de improviso, pagaba las cuentas de lo que consumía y, después, con dignidad e independencia difundía su parecer. La misma actitud que puede apreciarse en los más serios medios televisivos del mundo.

Bienvenidos inmigrantes

Las estadísticas demográficas indican que no superan el 10 por ciento de la población aquellos habitantes chilenos que pueden considerarse totalmente indígenas. Sin que ellos y sus antepasados sean producto de relaciones mixtas con españoles y tantos otros que llegaron a avecindarse en nuestro país.

En una conversación pública o de sobremesa referida al preocupante tema de los inmigrantes que hoy siguen llegando por miles, es posible que todos ellos sean europeos o descendientes de estos que hoy nadie calificaría de extranjeros venidos a radicarse en nuestro país. Es cosa de observar nuestros apellidos para comprobar que la mayoría de nuestros antepasados vinieron de la península ibérica, que muchos otros vinieron de la Gran Bretaña, Italia, Alemania y otras naciones. Por algo existen y mantienen clubes, estadios y colegios propios en que conviven y se divierten. A los que hay que agregar los miles de palestinos, sirios y otros provenientes del Medio Oriente y que conforman colonias poderosas a lo largo de toda nuestra geografía.

El Estado chileno hasta fomentó con buenos incentivos la instalación de estos y otros inmigrantes en la Araucanía y la Patagonia, así como los que llegaron de Croacia se instalaron en las provincias del norte y del extremo sur. Tal como se dice en Argentina, también podríamos afirmar que los chilenos mayoritariamente somos “descendientes de los barcos” que trajeron en los siglos XVIII, XIX y XX a nuestros antepasados, tal como hoy llegan los chinos, haitianos, colombianos, bolivianos, peruanos y otros que, en realidad, vienen más de a pie, en trenes o autobuses.

No podría haberse construido lo que hoy somos como nación si hubiéramos tapiado nuestras fronteras naturales. Continuamente se reconoce la enorme contribución de notables extranjeros que vinieron a constituirse en mano de obra, aunque muchos de ellos rápidamente se enrolaron en nuestras sociedades científicas, universitarias y educacionales en general. Allí constan, por ejemplo, los nombres de esa multitud de establecimientos fundados por notables inmigrantes, como muchas veces se señala al venezolano Andrés Bello quien fundara la Universidad de Chile y nos legara nuestro vigente Código Civil.

La medicina, la cultura y el arte están llenos de cultores inmigrantes, lo mismo que también se manifiesta en la industria y el comercio nacional. Nuestro noventa por ciento de habitantes es de ascendencia extranjera. Gentes que con los años se sienten plenamente chilenos, más todavía que muchos de los propios mapuches que siguen en la esperanza y lucha por tener un territorio y hasta un Estado propio.

Por lo general, hay que decirlo, los inmigrantes de ayer y de hoy llegaron al país “con una mano por delante y otra por atrás”. Se trata de gente pobre que salió a buscar nuevas oportunidades, por más que algunos de ellos se atribuyan hoy aires de nobleza. Ni siquiera trajeron dinero; lo vinieron a conseguir a Chile con las buenas oportunidades que se les brindó y que aprovecharon.

Y vino en realidad de todo. Hace algunos años, conversando con el destacado periodista Juan Luis Cebrián me permití imprudentemente espetarle los horrores cometidos aquí y en el continente por los conquistadores españoles y portugueses... “¡Alto! –me dijo–, todos ellos son tus antepasados y no los míos. Pertenezco a una familia que se quedó en España, que no tuvo nunca necesidad de emigrar y salir a buscar nuevos mundos”. Por fin se sabe, también, de los inmigrantes instalados en el sur de Chile y que cometieron los más atroces crímenes en desmedro de nuestras poblaciones nativas y que ahora, sin embargo, hacen ostentación de todo lo que tienen. A menudo muy mal habido.

Con todo, es difícil concebir el desarrollo que ha experimentado nuestra minería sin el aporte de tantos inmigrantes peruanos y bolivianos en tierras, además, que Chile les arrebató con la Guerra del Pacífico, instados por los intereses económicos ingleses. Así como hoy nuestra agricultura depende tanto de los inmigrantes haitianos establecidos en todo el país. No se podría concebir la locura de plantar miles de hectáreas de cerezos y paltos, de tan difíciles cosechas, sin el concurso de estos abnegados y probos hombres de color repartidos en

todos nuestros campos y que, sin haber probado antes este y otros frutos, sostienen el éxito de nuestras exportaciones a China y otros países. Gente, por lo demás, que hubo de ser reclutada cuando muchos campesinos nuestros abandonaban estas tareas y hasta preferían conformarse con los bonos otorgados por el Gobierno de Piñera con ocasión de la pandemia.

El cambio demográfico chileno es ahora muy notable con la llegada de estos morenos afroamericanos, así como en el pasado los pelos rubios con ojos azules le dieron otro colorido a nuestra realidad nacional amerindia. Me temo que hay mucho de racismo entre los que hoy les reprochan a nuestras autoridades dejar entrar a tantos inmigrantes. Demostrando una discriminación y xenofobia que incluso es posible comprobar también en los chilenos más indigentes y morenos.

Hasta unos pocos años, daba la impresión de que estos recién llegados estarían destinados a convertirse en los más pobres de nuestros pobres, tal como son los mapuches. Pero hoy observamos con satisfacción cómo se van asentando y constituyendo familias mixtas, como regalándonos niños muy hermosos si se atendemos la condición física de sus progenitores.

Huelga reconocer que, entre los inmigrantes, tal como ayer, se cuelan malhechores, asesinos y gente de feas costumbres respecto de los cuales justamente los haitianos ponen, hasta aquí, diferencia. Tanto así que un sacerdote me reconoció hace poco que sus templos se habían llenado de fieles de color, profundamente devotos y un verdadero ejemplo de honestidad y gratitud con el país que los acoge. Incluso la vetusta liturgia se ha enriquecido con su música y ritmos.

De cuál democracia hablamos

Por muchos siglos parte importante de la humanidad creía firmemente que el poder político venía de Dios. Que los reyes y las monarquías hiciesen lo que quisiesen se validaba en esto de que su legitimidad era otorgada por el Creador y no por sus naciones. Imaginamos el inmenso temor de Dios que haya afectado a quienes dieron el paso histórico de desafiar la deidad de la cual provenían los gobernantes. Cumplir con el temerario desafío de atentar contra ellos y conducirlos hasta la guillotina o el cadalso. Si hasta los papas llegaron a convencerse de que su Dios era el mismo que disponía que los príncipes se heredaran unos con otros los gobiernos, aunque resultasen perversos, completamente idiotas y muchas veces hasta falsificaran sus títulos de nobleza para acceder y perpetuarse en el poder.

De las revoluciones que triunfaron en la guerra contra las monarquías surgieron las ideas republicanas y se miró a lo que había pasado antes en Grecia y Roma para adoptar la demo-

cracia como el régimen que es ahora aceptado prácticamente por todos los países occidentales, aunque en la realidad la intención sea un remedo de lo que llegó a ser, incluso, aquella creación acotada de lo que fue el gran aporte ideológico del helenismo. Donde la igualdad de los derechos ciudadanos no comprendía ni a las mujeres ni a los esclavos, menos todavía a los pueblos sometidos.

Sin embargo, después del derrumbe de los poderosos regímenes dictatoriales europeos, lo lógico es aprobar la democracia, grosso modo el gobierno del pueblo y por el pueblo, por lo que hasta los regímenes autoritarios más cuestionados en el presente se declaren fieles demócratas, aunque flagrantemente conculquen los derechos humanos reconocidos casi universalmente.

Parece fácil proclamarse de demócrata, aunque de verdad en la práctica parece demasiado difícil discernir cuánto lo es un régimen y un gobierno. En el país del asesinado presidente Lincoln la verdad es que sus gobiernos posteriores han adoptado como costumbre intervenir cuando se les da la gana en cualquier punto de la Tierra que pueda poner en entredicho su hegemonía mundial.

En nombre de la propia democracia que dicen cautelar los estadounidenses no tuvieron remilgos en lanzar bombas atómicas sobre Japón, arrojar miles de explosivos sobre Indochina, incursionar militarmente en Centroamérica, en África y en Asia, como también en Chile que recién había elegido por votación universal y secreta a un gobernante socialista como Salvador Allende.

El itinerario al respecto es muy largo de hacer y prácticamente inútil con tantas evidencias en que por la fuerza Estados Unidos impide la voluntad popular de las naciones del mundo al menor asomo de que puedan afectarse sus intereses, esto es sus negocios. Por lo mismo que privilegia sus relaciones exteriores con regímenes que ni siquiera les preocupa ostentar de demócratas, como es Arabia Saudita.

Lo más complicado de todo es entender actualmente cuáles son los atributos y los límites de la democracia, cuando muchos piensan que un régimen que se precie de tal debe obedecer los dictados de sus ciudadanos y otros suponen que más importante que ello es respetar los derechos de las minorías.

Cómo resolver este dilema si se acepta que no siempre las mayorías tienen la razón y que muchas veces esta resulta de los que son menos, como era la opinión de apenas un puñado de disidentes ante el fervor ampliamente mayoritario de los países que se enfrentaron en las más cruentas guerras registradas por la historia.

Otra duda: ¿por qué las naciones que tienen elecciones libres e informadas tienen que aceptar que resulten como jefes de Estado sujetos como Donald Trump que claramente obtuvo menos votos que su adversaria y gastara ingentes recursos propagandísticos para ganar adeptos? ¿Qué países como Chile y tantas otras naciones pueden reconocer la legitimidad de sus resultados electorales cuando flagrantemente no existe en ellos diversidad informativa, y los grandes grupos económicos son, en definitiva, quienes digitan a los políticos? Cuando, además, hay tantos gobernantes electos

por verdaderas minorías si se atiende al volumen real de sus ciudadanos. Los que prefieren abstenerse antes que continuar decepcionándose de sus gobernantes.

¿Por qué demuestran tanto afán en ser reconocidos como democráticos tantos países que, ciertamente, son objetados no por su sistema electoral, sino por los principios que defienden o incomodan a las potencias o a sus vecinos? Por lo general, si se proponen algo tan justo como recuperar sus riquezas naturales.

Claro que existen estándares democráticos incuestionables, como las elecciones libres, informadas y periódicas, siempre que realmente los países acrediten que respetan efectivamente el pluralismo ideológico y le pongan límite a los gastos electorales y tantos vicios que llevan a equivocarse las verdaderas intenciones de sus ciudadanos. Pero ¿dónde en realidad se garantizan mejor los derechos ciudadanos? ¿Allí donde los jefes de Estado sean elegidos en votación universal o indirecta, como ocurre con los regímenes parlamentarios?

Vaya que tenemos científicos políticos que escriben sobre el ideal democrático y se dedican a observar el comportamiento de los regímenes que se asumen como respetuosos de lo único que finalmente es el común denominador de la democracia, esto es un régimen de soberanía popular. Aunque en la práctica sean tan disímiles los sistemas y haya tantas imposturas al respecto.

De esta forma es que muchos ahora prefieren poner énfasis en los valores de la igualdad, de la justicia social y la equidad;

en la resolución de todos los diferendos políticos por medios pacíficos, de tal forma que la violencia, la guerra y el terrorismo no se practiquen y justifiquen en ninguna parte. Así como en una genuina libre determinación de cada nación por poderosa y débil que sea. A todo lo cual ahora se agrega el derecho al trabajo, a emigrar, el derecho a vivir en un medio ambiente saludable, la protección del planeta y tantos otros ideales que se consideran como demandas sociales y no como derechos que debieran ser consustanciales a todas las democracias.

Si así fuera, la verdad es que muchas naciones perderían su condición de demócratas. Partiendo por los más poderosos de la Tierra.

Para colmo, hoy vivimos un fenómeno que puede resultar malísimo para las democracias. Nos referimos a la constatación de que muchas elecciones prácticamente están resultando empatadas entre las dos posiciones más contrapuestas. De tal forma en que cuando asume, por ejemplo, un Gobierno de izquierda este ya sabe que el próximo puede ser de derecha, o a la inversa cuando ganan los sectores refractarios a los grandes cambios. Esta correlación de fuerzas tan niveladas pienso que inhiben las grandes transformaciones o regresiones, por lo que resultan gobiernos que “no son ni chicha ni limonada”, como solemos decir. Porque lo que se impone es el equilibrio, las políticas de acuerdo y las connivencias en que finalmente los pobres deben seguir esperando y los poderosos no son nunca “derribados de sus tronos”, al decir de la Biblia.

Audacia es el juego

Poco se ha escrito sobre ese inmenso conjunto de acciones realizadas por los disidentes en que arriesgaron las más severas represalias. Mezcla de arrojo e ingenio para burlarse del Gobierno militar, dejar en ridículo a sus autoridades y conseguir objetivos muy loables como darle protección a los que eran perseguidos implacablemente.

En primer lugar, es bueno dejar constancia de que los miles de refugiados en las diversas embajadas no llegaron a estas sedes diplomáticas tan fácilmente. Los propios diplomáticos acometieron acciones que resultaban temerarias para salir a buscar en sus automóviles a muchos políticos que corrían riesgos y era necesario sacarlos del país. Existen varios testimonios de cómo estos solidarios embajadores o cónsules sortearon los controles policiales, para evitar que les abrieran sus cajuelas donde escondían a quienes debían ingresar a sus residencias hasta conseguir los salvoconductos necesarios para abandonar el país. Claro, sus inmunidades los protegían, aunque de

verdad la Dictadura no tuvo al principio buena disposición para respetar los acuerdos y tratados internacionales. Menos todavía los soldados rasos que difícilmente respetaban la condición de agente diplomático y en no pocos casos cometieron despropósitos en contra de su dignidad.

Al respecto, cabe decir que tampoco se ha escrito la historia de los diplomáticos que arriesgaron sus vidas y su carrera en solidaridad con los perseguidos. Digamos, de paso, que fueron los países europeos los más jugados en estos riesgos, por lo que por siempre les debiésemos agradecer haber salvado tantas vidas, como darle digna acogida a los que debieron exilarse en sus países. En nuestro continente ya sabemos que fueron Venezuela, Cuba y México los países más comprometidos y que recibieron al mayor número de refugiados.

En Chile mismo a diario destacaron centenares de compatriotas comunes y corrientes que abrieron las puertas de sus modestos hogares para dar refugio y sustento a los que perseguía y buscaba la Dictadura. Algunos altos dirigentes de la Unidad Popular relatan en sus testimonios el coraje de las gentes sencillas que les dieron abrigo, así como también algunos chilenos bien acomodados e, incluso, pinochetistas que se arriesgaron para salvarlos de la opresión. En relación a esto mismo, hay que rendir tributo también a los centenares de religiosos y religiosas que dieron protección a los perseguidos y sustentaron instituciones como la Vivaría de la Solidaridad para presentar recursos de amparo, defenderlos ante los tribunales, asistirlos en las cárceles y gestionar su salida del país o libertad.

La deuda es inmensa, sin duda y habla de un país en que se testimoniaron los valores notables de la población, así como aquella solidaridad que se manifestó con Chile en todas partes, hasta en los rincones más alejados del planeta.

Dentro de las acciones más temerarias realizadas en nuestro propio país, creemos necesario relevar aquel escupitajo lanzado por un nieto del asesinado general Prat al cadáver de Pinochet en el momento que era velado solemnemente en la Escuela Militar. De esta forma es que el joven traspasó todos los controles de seguridad y el blindaje militar del acto para acercarse hasta el féretro del Tirano y acometer una acción que la mayor parte de la población celebró. Ante los centenares de dolientes y pateros asistentes, pero también ante la televisión chilena y mundial, este acto pudo ser acreditado como uno de los más arrojados y justos. Una clara manifestación de la lucha pacífica que dejó estupefacta a toda la guardia pretoriana y familiares del extinto dictador. Y que de alguna forma compensara la decisión de la presidenta Bachelet de permitir unas exequias oficiales y vergonzantes.

Cómo no recordar, asimismo, en plena Dictadura, la decisión de un agricultor chileno de liberar a un conjunto de cerdos en pleno centro de Santiago a los que se le había incorporado la banda presidencial. De Pinochet lo que menos se decía es que era un cerdo, lo que se explica en este acto que tanto divirtió a los transeúntes capitalinos y dificultó el esfuerzo de los carabineros para atraparlos en su despavorida carrera entre automóviles, buses y apresurados peatones.

Es preciso decir que una manifestación como esta en estos días tendría la desaprobación de los animalistas, además de la injusta calificación de estos nobles animales como pinochetistas.

En lo que toca al periodismo disidente, es conveniente recordar que en una de sus estúpidas resoluciones el Dictador decidió censurar a nuestras revistas emitiendo un bando en que nos prohibían publicar toda suerte de fotografías. El testimonio gráfico, por supuesto, le dolía más al Régimen que todas nuestras palabras y análisis.

Pero lo que no calculó La Moneda fue el acuerdo que rápidamente concertáramos los periodistas por seguir publicando nuestros medios, pero con los espacios en blanco donde debían aparecer las fotos prohibidas. Por supuesto cada uno con una lectura de grabado que dejaba más en evidencia la censura.

Estos testimonios gráficos fueron exhibidos semanalmente en paneles dentro de la sede del Colegio de Periodistas, donde cientos o miles de personas podían concurrir a enterarse de una de las decisiones más estúpidas de los gobernantes, por lo que rápidamente la medida cayó en ridículo y nuestros medios pudieron volver a editar las imágenes.

Lo otro que resulta muy destacable fue la clausura que la Dictadura decretó de nuestras publicaciones. Un cierre indefinido que nos hizo temer por la desaparición definitiva de nuestras revistas. Pues bien, en Análisis decidimos seguir publicando nuestro semanario en Alemania, gracias a la buena

disposición de los sindicatos del papel y la prensa de este país. Todos los sábados, vía Lufthansa, viajaban nuestros originales a Alemania, para ser rápidamente impresos y ser enviados miles de ejemplares por correo a nuestros suscriptores. Además de unos paquetes de ejemplares que nos traían subrepticamente los pilotos y azafatas de la misma línea aérea. Los que desde el inicio accedieron con entusiasmo a cumplir de correo de ida y venida, cuando todavía no existía la posibilidad de remitir todo por Internet.

De esta manera, formalmente pasábamos a constituirnos en un medio de comunicación alemán, lo que podría dificultar mucho las relaciones de la Dictadura con este país, en caso de acometernos con nuevas persecuciones judiciales y amenazas represivas. Fueron unas semanas en que gozamos de nuestra condición de europeos en nuestro propio territorio, deleitándonos de nuevo por el ridículo en que cayeron los censores. La clausura, por lo tanto, duró muy poco y volvimos a ser periodistas chilenos con todos los riesgos que ello nos significaba.

Cuando uno viaja por nuestro largo territorio o se establece distante de la Capital tenemos la oportunidad de conocer a compatriotas muy distintos, sumamente sencillos, pero en los cuales se descubre su esfuerzo cotidiano de servir al país, como en el pasado a luchar por el restablecimiento de la democracia. Un anónimo mundo de personas que también fueron reprimidas, forzadas a la cesantía y al propio exilio sin que sus acciones hayan trascendido más allá de sus ciudades y pueblos en un país en que Santiago es Chile, como muchos lo creen. Ello

me ha llevado a la convicción de que los muertos y desaparecidos en realidad fueron muchos más de los que finalmente consignaron los recuentos oficiales. Víctimas y familiares de ellas que después de treinta años siguen sin ser reconocidas y reparadas por el Estado.

Los grandes oradores de mi tiempo

Mientras se celebraba con euforia el llamado retorno a la democracia (1989), se me ocurrió invitar a mis hijos al Parlamento ahora reinstalado en Valparaíso. Quise que tuvieran la experiencia de observar una sesión legislativa y, en particular, escuchar a los flamantes representantes del pueblo después de tan prolongados años de interdicción ciudadana.

De niño, concurría frecuentemente a las sesiones de la Cámara de Diputados y del Senado a solazarme con la oratoria de muchos de sus integrantes. Escucharlos bregar entre ellos, pero siempre haciendo gala del buen uso de la palabra. Incluso para descalificarse. Me parecían absortos en su oficio, sobre todo porque en aquel tiempo no existían todos estos artilugios del presente para descubrir a los que dormitan o se ocupan de otros afanes sin importarles mucho la materia en tabla. No había cámaras ni grabadoras tan indiscretas como las de hoy que hasta han sorprendido a algunos parlamentarios en una enajenada revisión de páginas pornográficas.

Las sesiones eran públicas y muy pocas veces los observadores espetaban a los legisladores sin que fueran rápidamente desalojados de las tribunas. Existía un respeto reverencial por la política y a todos nos enorgullecía contemplar cómo se hacían las leyes y la forma en que los diputados y senadores alcanzaban acuerdos. De esta forma, los jóvenes que contemplábamos estos ritos oratorios aprendíamos a valorar la democracia y la necesidad de coincidir muchas veces con el adversario, en lo que después se denominó eufemísticamente “la política de los acuerdos”.

Ahora pienso que siempre fuimos muy pocos los que tuvimos esta experiencia y que la inmensa mayoría de los chilenos jamás pisó estos templos de la institucionalidad republicana, reconociendo a quienes los representarían solo en el tumulto de las concentraciones y en los afiches de propaganda, donde la demagogia y la mentira siempre estuvieron muy plasmadas.

En la crónica que escribí a mi regreso a Santiago aludí, entonces, a la frustración y vergüenza que sentí al escuchar una sesión en que ya no quedaba rastro de la grandeza del pasado. Mis hijos y yo pudimos ver a un conjunto de parlamentarios que poco o nada les interesaba lo que se estaba tratando. Embebidos en sus computadores personales y teléfonos portátiles bajo un sordo bullicio en que no se manifestaba respeto alguno por los oradores de turno. Incluso, los más descarados desplegaban los diarios sobre sus piernas o departían amenamente con sus secretarías y aquellos múltiples asistentes que les traían papeles, transmitían recados o les servían café, mientras que entraban y salían apresuradamente de la sala en que, por lo demás, se notaban demasiados escaños vacíos.

Así todo, permanecimos cerca de una hora allí y nos propusimos escuchar a unos cuatro o cinco senadores, lo que finalmente resultaría un verdadero fiasco a mis intenciones, podríamos decir, pedagógicas. Lo que escuchamos fue un conjunto de obviedades y lugares comunes, frágiles argumentaciones y, en varios casos, hasta procazmente planteadas. Pareciera que ninguno de estos senadores había cursado siquiera las humanidades a juzgar por sus limitaciones en el uso del castellano y pobrísima solvencia intelectual sobre al tema. Lo peor es que entre todos estos el único que lo hizo lúcidamente fue el senador de la UDI Jaime Guzmán, acaso el más pinochetista de todo el hemiciclo y al que hasta hoy se le atribuye la autoría de la Constitución de 1980.

A él, lo había conocido en mis tiempos de estudiante de la Universidad Católica militando ambos en trincheras muy opuestas, aunque siempre le había reconocido su talento, sentido del humor y carisma. Al menos hasta el golpe militar en que por los pasillos de la Casa Central de este plantel a viva voz advertía que “los únicos comunistas buenos eran los muertos...”. En un momento de extremo dolor y en que numerosos profesores y estudiantes concurrían penosamente a retirar sus pertenencias y a despedirse de su alma mater, donde recién asumía como rector delegado un efectivo de la Armada que lo primero que hizo fue depositar su pistola o revolver sobre el escritorio que habían ocupado las máximas autoridades del plantel.

Mi sorpresa se transformó en rubor por el contraste entre Guzmán Errázuriz y los demás oradores de la Cámara Alta, al

grado que decidí retirar a mis hijos lo más rápidamente de allí para dedicarnos a recorrer la ciudad porteña con sus cerros y ascensores, panorama que nos resultó mucho más gratificante. En un lindo día de sol, por lo demás.

Jaime Guzmán fue el adalid de la extrema derecha y debemos reconocer que con su asesinato se apagó una de las más lúcidas figuras del Parlamento y la política. Gracias a su verbo, claras convicciones y perversos designios, llegó a ser la principal figura dentro de un sector que estaba saliendo muy a regañadientes de La Moneda. Porque a él, sobre todo, hay que imputarle la continuidad de los propósitos de la Dictadura, la larga impunidad de Pinochet y de sus secuaces en materia de violaciones de los derechos humanos, así como la extensión de un sistema económico y social que hasta ahora es el causante de esa enorme desigualdad entre los chilenos. Además de la escandalosa concentración de la riqueza y otros horrores escritos con letra de molde en la Carta Fundamental de 1980.

Se trataba, como después se comprobó, de que nos costara mucho desandar lo recorrido mediante aquellos tramposos preceptos constitucionales que todavía nos rigen. Más aún, si se reconoce que este texto y otros lograron seducir a las principales figuras de la Concertación, cuyos gobiernos cayeron de hinojos ante el legado de Pinochet durante esos treinta años, tanto que cada vez que asumían un alto cargo juraban respetar irrestrictamente la Constitución del Tirano. No es extraño, entonces, que algunos de los admiradores de Guzmán, como el UDI Pablo Longueira, o el propio senador Gabriel Valdés, asegurasen seguir viendo al extinto en milagrosas apariciones.

Su rancia ideología era defendida y promovida con su refulgente oratoria. Ciertamente, hablaba de corrido, sin perder el hilo y parecía que cada cosa la traía bien pensada. Con él es con quien mejor comprobé la certeza de esa máxima evangélica de que “los hijos de las tinieblas son más astutos que los hijos de la luz”. Claro, con su palabra sagaz me temía que hablaba en realidad el demonio y que su beata devoción no era más que una completa impostura. Sobre todo, al conocerse, después, episodios de su vida personal que nada nos hablan de que haya sido un santo varón, o un apóstol del bien, como han querido verlo sus fanáticos discípulos. Hechos, sin duda, que no tienen que ver con el tema de esta crónica, ni menos cuando ya no puede defenderse por sí mismo. Aunque podrían legítimamente difundirse si se considera que “la vida privada de los hombres públicos es pública”, tal como lo defendemos los periodistas.

Lo que no podemos dejar de reconocerle al fundador de la UDI es que se trataba de una persona bien instruida, que recurría con propiedad a la historia y era muy delicado con nuestra lengua para defender sus ideas. Hasta hoy, nadie en la derecha ha logrado igualar su verbo y mucho se cree que, si no hubiese sido ultimado, Sebastián Piñera no habría sido capaz de disputarle su liderazgo. Paradojalmente, con su muerte, todos los chilenos nos condenamos a los dos gobiernos de este voraz empresario, como a su discurso obsesivo y majadero. Plagado, además, de barbarismos y tosquedades que habrían mortificado mucho a Guzmán, quien desde luego tenía bastante mejor formación intelectual.

El líder de la Patria Joven

Eduardo Frei fue el primer presidente que materializó importantes cambios en el país, aunque estos no alcanzaron a ser profundos, irreversibles o revolucionarios. Su sexenio está lleno de realizaciones ulteriormente valoradas por sus numerosos detractores. Tanto que, después de haber sido uno de los principales instigadores y defensores del golpe de Estado de 1973, se convirtiera en la principal figura opositora del régimen castrense. De no haber muerto también asesinado, qué duda cabe que habría sido el nuevo jefe de Estado con el apoyo irrestricto de demócrata cristianos, socialistas y comunistas y otra serie de referentes políticos y sociales.

La oratoria de Frei fue siempre pulcra y con propósitos claros y determinados. El líder de la Patria Joven logró con su palabra encantar transversalmente a las generaciones de chilenos. Su palabra articulaba el pasado con el futuro y, aunque retóricamente no fue tan brillante, su voz transmitía seguridad, confianza y credibilidad.

Fuimos muchos los que pensamos que, con su triunfo, Chile se abriría a una nueva era en nuestra historia política. La multitudinaria marcha de miles y miles de jóvenes a Santiago, al final de su campaña presidencial, fue uno de los episodios más épicos y esperanzadores en el anhelo y la promesa de redimir a los pobres, especialmente a los campesinos y obreros que vivían en la extrema pobreza. En ningún caso su administración fue un gobierno de simple continuidad, pero sin duda

dejó mucho por desear. Hay que recordar que en la euforia demócrata cristiana se decía, entonces, que este partido estaría llamado a gobernar por unos treinta años. Sin embargo, solo pudo completar seis, y ciertamente, abriéndole rápida opción a la Unidad Popular.

Frei hablaba preciso y con sus notables inflexiones de la voz lograba conmover tanto como con sus contenidos y promesas. Adoptando, además, una entonación que siempre es indispensable en los buenos oradores y cantantes. Pero hay que reconocer que sus escritos son todavía más certeros y seductores que sus discursos improvisados. Incluso, se dice mucho que sus mejores arengas las preparó con el aporte de sus buenos asesores y operadores políticos. Contrario a otros jefes de Estado, Frei sí escuchaba y trabajaba bien con sus colaboradores.

Mejor todavía que su discurso público resultaba su palabra ante auditorios limitados, donde sacaba a relucir su rico vocabulario, sus nutridos conocimientos sobre el mundo de las posguerras mundiales, así como su inspirada e irreductible visión de lo que se avecinaba en el campo del socialismo y del comunismo. En estos casos, lucía su vocación de maestro, y sus ideas parecían todavía más convincentes y fundadas. Había que masticarlas concienzudamente, después, si se quería descubrir sus flaquezas. Porque, de primera, su palabra parecía remecernos a todos los que lo escuchábamos. Sobre todo, a los más jóvenes.

Estamos seguros de que, aunque obstinado, Eduardo Frei se dio cuenta de que su programa de gobierno perdió vigencia en aquellos años de demasiada prisa o ansiedad por los cam-

bios. De allí que su Reforma Agraria al poco tiempo se hiciera corta y conservadora, como que su “chilenización” (que solo consideraba expropiar el 51 por ciento del cobre) se estrellara a poco andar con la idea de nacionalizar, en realidad, toda nuestra gran minería.

Lo que hay que reconocer al respecto es que, en el discurso, en Frei no hubo oportunismo ni demagogia. Se quedó, desgraciadamente, en lo que había prometido, lo que condenara a la postre a su partido a ser rápidamente superado por las expresiones más vanguardistas tanto de su propia colectividad como del mundo político izquierdista. Ya había dicho que “ni por un millón de votos cambiaría una coma de su programa”, lo que resultara fatal para un país que demandaba cambios revolucionarios. Consecuencia ideológica o capricho de Frei que, en todo caso, parece muy extraño a los habituales “acomodos” de la política.

Frei seguramente equivocó mucho en su vida política. Se dice que fue mezquino con algunos de sus camaradas y obtuso respecto de quienes, al igual que él, abogaban por un Chile más justo. Pero resultó notable en su discurso en el Teatro Caupolicán con motivo del plebiscito convocado por Pinochet y que le resultara fatal al dictador en sus pretensiones de perpetuarse en el poder. Allí, cada una de sus palabras fue precisa y convincente y posiblemente su contenido fue mejor que la forma ante un recinto lleno de sus viejos adversarios que, sin embargo, lo vitorearon con entusiasmo, abandonando el Teatro mucho más convencidos de que “Frei era el hombre”. Más todavía que muchos de sus camaradas que

todavía no le perdonaban haber justificado ante el mundo la insurrección militar. Siempre he pensado que, más que diferencias ideológicas, es esa mezquindad la que no pudo superar Frei con el triunfo de Allende, su histórico contendor, pero de quien se sabe fue su amigo y colega en el Parlamento donde se los vio muchas veces coincidiendo. En lo que hoy se llama “amistad cívica”.

Debo agradecer la oportunidad que me dio la Fundación Frei de oficiar como uno de los editores de un conjunto de discursos, entrevistas y escritos del expresidente, lo que debiera convertirse en lectura obligada de los jóvenes que se incorporan a la política con tantos baches en su formación intelectual y, corrientemente, irrefrenables ambiciones personales, además de un alto grado de soberbia.

En estas Obras escogidas del eminente político no solo están sus artículos, sino varias de sus entrevistas y cartas, como aquella que le enviara a Mariano Rumor, a la sazón presidente de la Unión Mundial de la Democracia Cristiana. Quizás sea este el más polémico texto de Frei por la justificación que hace del derrocamiento de Salvador Allende, aunque asegura que nunca su partido sería parte del Gobierno militar y que todos los empeños de él como de su colectividad se concentrarían en la recuperación de la democracia.

En una larga entrevista que le otorgara a la destacada periodista Raquel Correa se aprecia este celo de Frei acerca de un conjunto de dirigentes políticos de su tiempo. En ellas se resiste a opinar de algunos camaradas como Rafael Agustín

Gumucio, y opta por decir que no conoce a algunos importantes líderes de la izquierda como el senador comunista Volodia Teitelboim, mientras se niega a opinar sobre Allende y a otros los fustiga abierta y ácidamente.

Curiosamente, respecto de Radomiro Tomic dice que “es un amigo de toda la vida, un demócrata cristiano leal y un hombre brillante...”. Pero donde se prodiga en afectos es en relación a personajes mundiales como lo narra en su crónica respecto de su encuentro en Florencia con Giovanni Papini, y en cartas que intercambia con Jacques Maritain y otros pensadores y líderes europeos como Konrad Adenauer. Momentos en que hace gala del conocimiento que tiene de la historia, de los recientes conflictos europeos, así como su admiración por los procesos de Francia, Alemania e Italia después de las guerras mundiales. Particular devoción expresa, además, por las encíclicas sociales de Juan XXIII y Paulo VI, en que testimonia su fe religiosa y admiración por los evangelios. Hace suya la frase también de Charles Péguy en cuanto a que la revolución es moral o no será posible... lo que marca buena parte de sus escritos y discursos.

Su brillante alocución al culminar esa asombrosa marcha de la Patria Joven es retóricamente su mejor discurso y en que hace un símil entre los jóvenes que llegaban por miles a Santiago y desde todo el país con aquellos chilenos que destacaron en los momentos más notables de la historia nacional, refiriéndose a la patria y a sus banderas como las mismas que se portaron de 1810, 1879 y 1891.

Ni un paso atrás

Radomiro Tomic fue siempre el principal contendor de Frei, aunque siempre dentro de lo que los falangistas llamaban “fraternidad demócrata cristiana”. No hay duda de que se trata de dos enormes líderes políticos prácticamente igualados en inteligencia, cultura, idearios y, por supuesto, en el don de la palabra. Era difícil que los dos cupieran en una misma organización sin que cultivaran mutuos celos.

De brillante trayectoria y descollante oratoria en el Senado de la República, Tomic ya había recibido el reconocimiento de ser el mejor egresado de la facultad de Derecho de la Universidad Católica de Chile. Llegó al Parlamento antes que Frei, pero eso le dio tiempo y espacio a Frei para llegar a La Moneda y nombrar, después, a su camarada como embajador en los Estados Unidos. La leyenda negra dice que Frei quiso tenerlo lejos de su Gobierno, celoso como siempre se demostró de su oratoria y capacidad de seducción.

La embajada de Tomic fue a la postre una errónea decisión no solo para él sino para esa Democracia Cristiana que —como lo dijéramos— pretendía quedarse largo tiempo en el poder y que como colectividad siempre se planteó como una alternativa al capitalismo y a la derecha, como al marxismo y la Unidad Popular.

Este recelo entre los dos líderes se me hizo manifiesto en un concurrido almuerzo en que se celebró el Premio Nacional de Periodismo otorgado a Emilio Filippi donde la concurren-

cia obviamente esperaba que hablaran ambos dirigentes. Sin embargo, fui testigo de una nota que le envió Frei a Tomic, ambos en la mesa de honor, para sugerirle que ninguno de los dos hiciera uso de la palabra, lo que resultó muy extraño y poco fraternal con su camarada Filippi. A la salida del acto, Radomiro Tomic me advirtió que a Frei no le gustaba hablar donde también lo hiciera él, reconociendo que su palabra era capaz de avivar a los asistentes más que su verbo reposado.

Y en efecto Radomiro Tomic siempre era arrollador cuando hablaba. Derrochaba ideas y emociones. Era capaz de conmover a cualquier auditorio con su verbo culto y encendido. En los anales del Senado y en un libro que recoge sus principales discursos se puede apreciar esta doble condición, alimentada además por su inteligencia y fervor político. Cómo no considerar su famosa intervención en contra de la Ley de Defensa Permanente de la Democracia de González Videla (“Ley Maldita”) que titulara “Comunismo, capitalismo y democracia cristiana”, precisando con lucidez las diferencias entre estos tres caminos o macrovisiones, pero sobre todo en el ánimo de defender el derecho de toda la izquierda de participar en política. Un texto que siempre debieron tener presente quienes con los años proclamaron que “con Tomic ni a misa” o que “hacía pipí frente al viento”, cuando este les planteó la necesidad de consolidar la unidad política y social del pueblo. Otra de sus lúcidas y visionarias ambiciones, a juzgar por el costo que Chile pagó por la división hasta hoy de las expresiones progresistas.

El exsenador DC Ricardo Hormazábal da cuenta en un libro de una conversación que tuvo con don Radomiro en

que este se mostró muy dolido del rechazo y los fustigamientos que se le hicieron desde el Partido Comunista y en que le contó una conversación que tuvo con los años en la Unión Soviética con altos dirigentes del país quienes le aseguraron que, de haber sido elegido él como presidente de la República, no habría habido golpe de Estado en Chile ni esfuerzo de la superpotencia por conspirar contra Allende.

Uno de los principales méritos de Tomic como orador fue su capacidad de visualizar el futuro y darle vigencia largo tiempo a sus ideas. Notable fue su esfuerzo por reclamar hasta la muerte la necesidad de recuperar nuestros yacimientos y empresas de cobre, advirtiendo que nuestro metal rojo sería tan estratégico como hoy podemos comprobarlo fehacientemente. Tanto que de haber tenido nuestro control y exigido un precio razonable nos tendría convertidos hace tiempo en una potencia mundial. Así como en el plano más político y contingente nos legara esa lúcida sentencia tan recurrida hasta hoy de que “cuando de gana con la derecha es la derecha la que gana...”.

Durante el primer gobierno de la posdictadura, otra vez a Tomic se le pidió que abandonara el país y nos representara como embajador, ahora, en las Naciones Unidas de Ginebra. Su personalidad y solidez moral asustaban a los Aylwin, los Boeninger, los Correa y otros concertacionistas, que se propusieron como objetivo cogobernar con la derecha, los militares y los grandes empresarios. Calculando, sin duda, que personas como él, el doctor Juan Luis González o el jurista Manuel Sanhueza, tres ineludibles luchadores contra la Dictadura, les resultarían muy incómodos, al igual que la prensa disidente que se propusieron sepultar lo antes posible. De allí, entonces,

que a los tres se les destinara a embajadas en Europa para mantenerlos lejos de la contingencia nacional.

Difícilmente haya otro político chileno que advirtiera con la misma lucidez y convicción de Tomic el inminente quiebre institucional de 1973. Contrasta su esfuerzo con el de muchos militantes de su partido que desde la primera hora del gobierno de la Unidad Popular se dedicaron a alentar el golpe de Estado y la tragedia después desastrosa. Pese a los desaires que había recibido desde la izquierda marxista, constan sus cartas y discursos en favor de que su partido se comprometiera con un proceso “socializador y democrático” en convergencia con las fuerzas socialistas para objetivos de largo alcance. “En la larga lucha por sustituir las estructuras capitalistas, decía, hay un largo trecho que puede ser recorrido en común...”.

Notable fue su carta al presidente de la Democracia Cristiana, Patricio Aylwin, en que le señala que buscar la unidad de acción entre todos los opositores a Allende (es decir con la derecha) sería “un error fatal para la DC y mortal para la democracia en Chile”. “Ello cerrará definitivamente, le advierte, toda posibilidad de diálogo con el Gobierno y sellará el enfrentamiento violento y sangriento como único desenlace...”.

En su calidad de católico y chileno le envía también una última misiva al cardenal Raúl Silva Henríquez en que le agradece el llamado de los obispos para evitar el enfrentamiento armado y la guerra civil en nuestra patria. “Como si se pudiera destruir al adversario, señala, sin destruirse a sí mismo cuando se pertenece a un solo pueblo”.

Después de 1990, tuve el privilegio de recibir regularmente todas las intervenciones de Tomic en aquel Foro Internacional de Ginebra, donde pronunció discursos de una enorme clarividencia y en los que advirtió muy dramáticamente lo que podría sucederle al mundo de no concretarse los objetivos de cooperación para acabar con los abismos de desigualdad entre las naciones como al interior de nuestros pueblos. Ciertamente que desde fuera de Chile le resultaban muy perturbadores y desilusionantes los espurios acuerdos cívico-militares, aquella acotada “justicia en la medida de lo posible” (Aylwin) y la misma corrupción alimentada tanto por el olvido o postergación de las convicciones políticas y éticas. Es decir, todo ese tiempo que vino y en que han quedado prácticamente relegadas del lenguaje político las palabras “pueblo” y “revolución”.

Tuve la enorme satisfacción, también, de trabajar, junto con Radomiro Tomic, en una compilación de sus discursos, el libro Tomic: testimonios, pero en el que desgraciadamente no se incluyeron estos últimos aportes en Europa que se habrían hecho tan necesarios para fijar rumbo en nuestros países, cuanto avivar nuestra hermandad latinoamericana y tercermundista. En tiempos en que el imperialismo sigue mostrando tanta avidez por los bienes ajenos y tanta devoción por la guerra.

Las anchas alamedas

El nombre de Salvador Allende está inscrito entre los Padres de la Patria. Al igual que O'Higgins, José Miguel Carrera y otros próceres de nuestra Independencia será siempre recordado como uno de los líderes y pilares de la República de Chile. Con esto queremos decir que, controvertidos como lo fueron, finalmente la historia les reserva un sitio especial en la memoria y en el ejemplo de lo que hicieron por dignificar al país y servir a sus habitantes. Podríamos decir que a la muerte de todos ellos eran numerosos sus enemigos y detractores, pero mientras más tiempo transcurre son más los que reconocen su valía, fortaleza moral y fructífero legado.

Allende fue derrocado por un cruento y cobarde alzamiento militar. En La Moneda enfrentó más de cuatro horas de combate con los uniformados que se sublevaron criminalmente contra el orden vigente y la voluntad de los chilenos por darse un futuro de justicia social y auténticos preceptos democráticos.

Pinochet y todos sus secuaces le debían respeto y obediencia a Salvador Allende, pero lo traicionaron instigados por los poderosos empresarios, la derecha política y aquellos partidos, dirigentes y medios de comunicación que nunca han creído realmente en el ejercicio de la soberanía popular. Todos muy financiados y asesorados, como bien se supo después, por el gobierno de Richard Nixon, cómplices ejecutores como Kissinger y sus sumisos aliados o subordinados internacionales.

Salvador Allende decidió perder su vida en una confrontación que sabía muy desigual desde el momento en que llamó al pueblo a no resistir la embestida armada, a “no dejarse provocar ni acribillar”. Como muchos lo temían, Chile bien pudo haber derivado en una guerra civil, pero el Presidente quiso evitar el baño de sangre fratricida, lo que lo convierte en uno de nuestros héroes y mártires. La versión oficial que se ha prolongado en el tiempo señala que se suicidó, aunque hay muchas razones para pensar que en realidad fue asesinado, como lo acreditaron en su momento algunos jóvenes oficiales que llegaron a Estados Unidos a informar y vanagloriarse sobre lo acontecido en Chile, asegurarse la impunidad y encontrar protección para siempre en este país. Es habitual que la historia oficial tergiverse los verdaderos acontecimientos.

En cualquier caso, ello no es tan relevante aquí, aunque ninguno de los Gobiernos que lo sucedieron hasta ahora haya emprendido un estudio riguroso de lo que realmente aconteció ese 11 de septiembre de 1973. En todo caso, la versión que se entregó les facilitó mucho las cosas a los conspiradores y a los que se propusieron justificar ante el mundo el llamado Pronunciamiento Militar de 1973.

Como quiera que haya sucedido, se trató de un nuevo magnicidio en nuestra historia. En este caso, del derrocamiento de primer gobierno marxista que llegaba al poder en el mundo bajo el ejercicio del voto popular. De allí que su muerte sea llorada hasta hoy por muchos pueblos y por todos los demócratas genuinos. Especialmente donde se anhela y se lucha por la redención de los pobres y oprimidos.

Son una gran cantidad los países que le han levantado estatuas y bautizado con el nombre del doctor Allende, ciudades, plazas, calles, bibliotecas y hospitales. La mayoría de los chilenos de hoy ni siquiera lo divisó en vida, aunque ahora son cientos de miles o millones los que lo siguen escuchando, leyendo y empapándose de su testimonio. Claramente, Allende se ha convertido en el rostro y el ejemplo más trascendental de nuestra historia. Así como es, también, nuestro principal referente a escala universal.

Allende fue fundamentalmente un gran político. Sobre todo, porque siempre honró sus convicciones y actuó con apego a la ética, compasión por los pobres y ejerciendo un liderazgo pleno de fuertes convicciones y sentido común. Fueron numerosos los colaboradores que le reprocharon su inquebrantable empeño en convertirse en Presidente de la República luego de varias derrotas electorales. Renunciando, además, en cada caso al uso de la fuerza, como algunos así lo querían o encontraban inevitable. No es que rechazara de plano el camino insurreccional, solo que en el caso chileno él estuvo siempre convencido de que sería la voluntad ciudadana la que llegaría a ungirlo. Lo que terminó por demostrar, aunque después fuera traicionado a solo mil días de ingresar victorioso a La Moneda.

Allende fue, por supuesto, un enorme orador. En todos sus días nos legó una infinidad de textos referidos a los más diversos tópicos. Su discurso adquiere un tono y un estilo distinto al de muchos otros líderes. Claro, a donde llegara, se le pedía que hablase haciéndolo siempre con lucidez y una alta motivación pedagógica. Allende a cada paso y palabra le enseñaba al pue-

blo, especialmente a los jóvenes y fijaba línea respecto de lo que debían hacer los que soñaban con el socialismo.

Son conocidas sus sabrosas historias con los estudiantes, los pobladores y trabajadores, con quienes buscaban incluso desafiarlo o competirle en audacia y oratoria, terminando convencidos por él, agradecidos siempre de la experiencia de haberlo conocido; impresionados, además, de su sencillez y cordialidad. En este sentido, es memorable un encuentro suyo con los universitarios de Concepción donde dio vuelta por completo una asamblea que lo había recibido hostilmente. Allí donde había surgido el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), muchos de cuyos militantes dudaban de que el poder se pudiera alcanzar mediante el camino electoral que seguía Allende y que con su heroica muerte se adelantara al martirio de miles de combatientes.

Dentro de la izquierda, nunca tuvo contendores del mismo peso. Ni entre socialistas o comunistas, aunque fueron muchos, como hasta hoy, los que buscaron denostarlo o dejarlo relegado en el pasado. Lo acusaban de “pije”, por su afición a vestir elegantemente, porque nunca quiso recurrir a los empaques físicos y efectistas con que hasta hoy se disfrazan los que hacen aspaviento de ser izquierdistas. Tampoco logró amilanzarlo la irreverencia juvenil, tan propia del vanguardismo impostado o “de la boca para afuera”.

A veces hasta parecía un predicador. Siempre recuerdo un extenso discurso suyo en una de las poblaciones más pobres y marginales de Santiago en que se tomó largo tiempo para instar a los hombres a comportarse adecuadamente en el hogar, a

demostrarse querendones de sus esposas e hijos. Así como, en múltiples oportunidades a los universitarios les advertía que para ser revolucionarios debían, primero, ser buenos alumnos, instándolos a estudiar y justificar o ser dignos del cupo universitario privilegiado que tenían y se le negaba a cientos de miles de otros jóvenes.

Confieso que siempre me han producido admiración aquellos que pueden hablar con propiedad de muchos temas, por largo rato y deslumbrando con su emoción e inflexiones de su voz. ¡Vaya que es cierto aquello que para ser orador hay que ser también actor y, si se es político, también un buen improvisador! Allende fue una magnífica prueba de esto, por lo que podemos descubrir algunas intervenciones tuyas que, leídas posteriormente, ya no nos parecen tan macizas en su contenido, aunque igual causaba fascinación escucharlo.

Visitando la Universidad de Guadalajara años atrás en México los huéspedes de esta casa de estudios nos dieron a conocer un registro completo del discurso que Allende pronunciara en diciembre de 1972 frente a los estudiantes del plantel, en una de sus primeras visitas de Estado.

Después de veinte años, la Universidad de Guadalajara de México hizo pública la que es acaso la más eximia intervención de Salvador Allende. Muy pocos habían conocido o recordaban este discurso improvisado que tuvimos la oportunidad de descubrir y que obedeció a una espontánea solicitud de los estudiantes y de las autoridades universitarias de esa prestigiada aula. Pues bien, nuestra mayor sorpresa

fue ver a Allende en un archivo verdaderamente histórico sin recurrir a ningún guion preestablecido, ni al más mínimo apunte para lograr una clase magistral realmente admirable, tanto en su contenido como en su retórica. Un verdadero ensayo, en realidad, sobre las obligaciones que debían asumir los estudiantes revolucionarios en México, Chile o cualquier país del continente.

En esta espontánea intervención frente a la comunidad académica tapatía, Salvador Allende despliega toda su visión acerca de la misión y tarea de los izquierdistas de América Latina para liberarse de la hegemonía estadounidense y consolidar su independencia económica y cultural. Con pocas y contundentes cifras dio un panorama de la realidad de nuestros países, de los 30 millones de desocupados de entonces, de las carencias sanitarias, de los déficits de vivienda, de los cien millones de analfabetos y de otros graves trastornos. “Un obrero sin trabajo no importa que sea cristiano o marxista, sino un hombre que requiere trabajo”, dijo allí, afirmando la necesaria convergencia con quienes siguen la palabra de Cristo.

Es emocionante su llamado a los jóvenes a actuar de ariete de los cambios en favor de la dignidad de los pueblos. Magistralmente reúne en su discurso toda su ideología y ruta latinoamericanista, junto con definir los métodos legítimos de lucha para lograr tal objetivo, poniendo énfasis en que cada país tiene el derecho a definir su propio camino. Sin dogmatismo y sectarismos. Para ilustrar ello recurrió a la dedicatoria que le había puesto en un reciente libro el Che Guevara: “A Salvador Allende que, por otros caminos, persigue lo mismo...”.

De allí que buena parte de su intervención en Guadalajara la dedique a definir el perfil de quienes se asuman de izquierda y revolucionarios, instándonos reiteradamente a ser, antes que nada, los mejores estudiantes, a abrir los ojos a la historia, así como a trabajar por la unidad continental. “La revolución la hacen los pueblos, esencialmente los trabajadores”, les indicó, pero ser joven implica una gran responsabilidad. “Se necesitan profesionales que no se dediquen a engordar en los cargos públicos” aseguró, en una sentencia que debería escucharse hasta nuestros días.

Este discurso se puede revisar en el enorme archivo de Google, así como otras de sus intervenciones. Sin embargo, respecto de este texto vale la pena ver los comentarios que decenas de lectores le han agregado y con los cuales le dan plena vigencia a su pensamiento, además de rendirle honores a su calidad de orador.

El muchacho del siglo XX

Se nos ocurre que en el Partido Comunista el dirigente que descolló por su oratoria y acervo cultural fue Volodia Teitelboim, de quien tengo el honor de haber sido amigo y ferviente admirador. Entre los fundadores de esta colectividad muchos dan cuenta del liderazgo de Luis Emilio Recabarren, Elías Lafertte y de varios otros, como el propio Luis Corvalán, líder popular innato y orador de masas. Pero con Volodia estamos ante un intelectual pleno, una figura rara dentro de un partido que hacía gala de ser popular y representante de la clase obrera.

Por lo mismo que ninguno de los que fueran académicamente muy bien formados, o pertenecieran a la clase media o alta, podía constituirse en su secretario nacional.

Larga es su trayectoria política como diputado, senador y por largos años exiliado. Lo notable es que en esta vorágine se dio tiempo para escribir varias novelas, publicar ensayos y oficiar de editor de una notable revista cultural y política como *Araucaria*, una verdadera joya de nuestras letras y que fuera editada en París durante su exilio.

El más destacado mérito de Volodia es su oficio de escritor, pero quienes lo escuchamos podemos dar fe de que también era un enorme orador. Para los periodistas era una suerte reportarlo y difundir su palabra. Como se dice corrientemente, “hablaba de corrido”. Como si estuviera pensando en la necesidad de ser bien interpretado o traducido. En ritmo lento y marcando con las inflexiones de su voz cada punto, cada coma y todos los signos ortográficos. Muy recurrente, por supuesto, a los adjetivos calificativos, pero preciso en el uso de cada término. Sin eufemismos de ninguna especie para llamar al Dictador y a los militares por su condición de traidores. Cuando hablaba se le notaba siempre su rabia y emociones, pero nunca se alteraba en la forma de expresarlo.

Sus creaciones literarias eran políticas. Siempre llevaron el sello de sus convicciones y por lo mismo no demostró envidias o rencores hacia los distintos creadores. Aunque, por supuesto, siempre prefirió a los que asumían compromisos políticos y éticos en su literatura. Por lo mismo, fue uno de los mayores admiradores de las obras de Vicente Huidobro, Gabriela

Mistral y Pablo Neruda, a quienes les dedicara importantes textos y conferencias respecto de sus biografías y obras. Pero escribió también de los escritores soviéticos, sobre Borges y otros personajes como Siqueiros, Picasso y un sinfín de artistas latinoamericanos y europeos.

Volodia no escribió para ganar premios y reconocimientos. Pero de todas maneras recibió el Premio Nacional de Literatura, galardón que siempre es extraño cuando se le confiere a un comunista o un chileno muy radical en este país que se le rinde tributo a los tibios o moderados. Ello habla del reconocimiento universal que recibió su testimonio y su prosa, así como sus propios versos, por lo cuales no se hizo tanta fama como sus dos grandes contemporáneos citados.

Difícilmente se puede encontrar a otra persona con el enorme archivo que Volodia guardaba en su memoria, por todo lo vivido, leído y escuchado. Hechos, circunstancias, lecturas y cavilaciones que mediante su inteligencia los hacía lucir, cada vez que hablaba o escribía. Volodia fue un gran cronista del mar, del desierto y la ciudad. Era emocionante leerlo y escucharlo sobre las batallas épicas del salitre y las gestas sociales en que se derramaron tantas lágrimas y sangre en toda nuestra geografía. Con su crónica nos enseñaba y nos hacía vibrar de emoción.

En sus últimos escritos y conferencias dio cuenta del mundo que le tocó vivir. Autobiográficamente habló de aquel “muchacho” y “soñador” del siglo XX, dos obras que recomiendo vivamente. Aunque en realidad es demasiado amplio y rico su

legado, pero felizmente hoy se puede recurrir desde el computador a casi toda su obra.

Tuve también el privilegio de atenderlo dos o tres días en Ciudad de México viniendo de los Estados Unidos y, desde luego, le improvisamos una nutrida concurrencia para que hablara de lo que quisiera. Lo que efectivamente hizo junto con referirse a su reciente visita al país del norte para entregarnos lúcidas impresiones como si hubiera estado allí por largos meses y no solo por solo unas cuantas horas. Lo que más aprecié, entonces, cuando ya su vida declinaba por los años y la enfermedad, fue la actualidad de su pensamiento y la disposición a prescindir de toda suerte de sectarismo o visión unidimensional, superando el defecto de no pocos de sus camaradas. Hasta hoy, jamás he escuchado de otras personas mejores reconocimientos sobre el papel cumplido por la Iglesia católica en materia de derechos humanos. Lo que habla de la nobleza de sus sentimientos y gratitud.

Después en Chile, en mi casa del campo, hablamos largo sobre Dios y nos expresó la envidia que sentía por quienes tienen fe religiosa. Como para cortar una conversación que sin duda lo inquietaba o incomodaba, terminó por decirnos que le abismaba la facilidad que tenían los cristianos de tutear a Dios. “Es increíble como tratamos a tanta gente de usted y a Dios, sin embargo, ustedes lo tutean, se lo echan al bolsillo”.

En esa oportunidad debo dar fe de algo que me impresionó mucho. Él vino a mi casa porque quería ver los programas del Teleanálisis, experiencia de la cual había recibido muy buenas

referencias, pero cuyos capítulos no había podido seguir. Y así fue como estuvo largas horas en una concentración prodigiosa recorriendo las duras imágenes de ese magnífico registro en video. Y varias veces, estando junto a él, lo vi lagrimear, contradiciendo aquello que era de los políticos más severos, fríos e insensibles. Aunque toda su obra y palabras hablan de su enorme calidad humana. Como aquellos episodios conmovedores de su vida privada que hablan de su humanidad y más que responsable paternidad.

Y algunos otros...

Sería muy injusto que concluyera esta crónica sin reconocer la suerte que me dio el periodismo de conocer a tantos otros políticos y oradores destacados. Por cierto, que aquí me he referido solo a cuatro casos, reconociendo que existen muchos más que pudiéramos destacar por su verbo y lucidez. Pienso, por ejemplo, en un Enrique Silva Cimma y su gran legado como dirigente y uno de los más destacados oradores del Partido Radical. Así como de mi querido amigo Julio Subercaseaux, quien me confesara que para llegar a hablar bien se lo pasaba horas frente al espejo para mejorar su dicción, ya que padeció desde niño una severa tartamudez y ello no fue obstáculo para convertirse en un gran orador.

En el extranjero, creo que la suerte de haber escuchado muy de cerca a Fidel Castro, a Rafael Caldera y otros ilustres políticos latinoamericanos fue una oportunidad enorme. Por referirme solo a los que se expresan en buen castellano.

Desgraciadamente, en el mundo político no tenemos grandes ejemplos de grandes oradoras, nada más que por lo tarde que se ha incorporado la mujer a las actividades públicas. Aunque sabemos que, en España, Dolores Ibárruri, la Pasionaria, es un ejemplo contundente al respecto, como lo fue en Chile la ibañista y peronista María de la Cruz, tildada de loca y luego desaforada por sus colegas parlamentarios.

Añoro que entre las jóvenes que están destacando en estos nuevos tiempos podamos descubrir a nuevos valores y grandes oradoras. Solo puedo constatar, por ahora, que en mis largos años de docencia universitaria pude apreciar en las mujeres mucho más oficio de oradoras con convicciones muy bien definidas, además, para lucir con la palabra, como cada día lo vienen demostrando tantas escritoras y periodistas.

Nuestra miseria cívica

No he escuchado nunca a un político que reconozca que el pueblo está constituido por muchísimas personas que, con mucho, saben leer y escribir, que apenas conocen el alfabeto, pero que en realidad es posible que en toda su vida no hayan leído un solo libro más allá de lo que le exigieron sus escuelas o colegios. Incluso por gente de buena condición económica y social que rara vez toma un diario o una revista, salvo para revisar las páginas deportivas y aquellas secciones que se refieren al mundo de la farándula y el comidillo social.

Las redes sociales tienen el mérito de inducir la lectura, pero ya se sabe que lo más apetecido en ellas es lo más intrascendente. Lo que resulta más práctico para sus preocupaciones o afanes cotidianos, en circunstancia de que existen páginas que son un reservorio enorme de conocimientos e informaciones a las cuales, por ejemplo, los periodistas somos muy asiduos, ya que nos evitan muchas horas de reporteo y entrevistas para acometer nuestro oficio de comunicar.

A menudo escuchamos de nuestros dirigentes verdaderas loas al espíritu cívico de los chilenos, a su auténtica vocación democrática, pero ni siquiera ante los serios reveses electorales se atreven a imputarle a los ciudadanos su ignorancia e inconsistencia. Hasta sufragar se había hecho incómodo para millones de habitantes que por supuesto se declaraban apolíticos y desinteresados en los asuntos públicos más allá de lo que pueda afectarle sus bolsillos y vida cotidiana. De esta forma es que los legisladores decidieron recuperar el sufragio obligatorio, con lo cual fueron a emitir su voto por primera vez más de cinco millones de los poco más de ocho que concurrían voluntariamente.

No es este el espacio para analizar lo que sucedió de un plebiscito a otro, de lo diametralmente opuestos que fueron sus resultados a mi juicio muy influidos por la irrupción de estos nuevos votantes que, en su inmensa mayoría, forma parte de los sectores más pobres y menos instruidos del país. Claro, no es un buen negocio reconocer nuestros enormes rezagos culturales, lo poco que les importa a tantos millones de compatriotas ejercer sus derechos ciudadanos, formar parte de una democracia participativa más que representativa.

Sabemos que la eliminación de la asignatura de educación cívica tuvo justamente el propósito de que el pueblo se convirtiera en consumidores irreflexivos de un modelo económico y social ultracapitalista, en que los valores que se promovían eran los del individualismo, la idea de que cada cual debía arreglárselas por sí mismo, desahuciando toda forma de solidaridad y organización para ejercer y exigir mancomunadamente lo que nos corresponde en dignidad, derechos y obligaciones.

Es así como la Dictadura hizo todo lo posible por matar las cooperativas, acabar con los sindicatos y, desde luego, desincentivar la militancia política, las agrupaciones comunales y muchas otras formas de organización en que los chilenos éramos muy valorados en el continente y el mundo. En las zonas rurales se le puso término, asimismo, a las escuelas agrícolas, porque ellas despertaban las expectativas de los inquilinos.

Desgraciadamente, después de treinta años de la supuesta Transición a la Democracia no es mucho lo que hemos recuperado de ese país altivo y movilizado que fuimos. De ese Chile en que se miraba con desprecio a los jóvenes que no militaban y no eran capaces de solidarizarse con las grandes luchas por la justicia, la equidad y los procesos internacionales que como la guerra de Vietnam nos hacían salir a las calles y protestar por lo que ocurría en cualquier parte del mundo.

Hoy, sabemos que no más del 10 por ciento del padrón electoral reconoce ser militante de partido, así como también se sospecha que gran parte de estos lo que pretenden al asociarse a una colectividad política es conseguir trabajo y prebendas, entre las que destacan las de los activistas políticos que viven en verdadera simbiosis con los que detentan el poder.

Para colmo, con la pandemia son las propias autoridades las que reconocen que hay cientos de miles de niños y jóvenes que abandonaron sus escuelas y que una parte muy importante de los chilenos son analfabetos funcionales, aunque hayan accedido al silabario. Desde luego hay que advertir que en estos es donde mayor impacto tienen la publicidad y la propaganda política. Lo que explica que los grandes empresarios del

país hagan con gusto sus aportes a los partidos y candidatos, y lleguen hasta el extremo de coimear a los diputados, senadores, ministros, gobernadores, alcaldes y otros para asegurarse leyes y asignarse las propuestas fiscales.

En estos días hay quienes temen que el populismo siga entronizándose más en la política. Ante cualquier crítica a las autoridades, los periodistas y otros analistas somos acusados de fomentar el populismo, generar las condiciones para que un nuevo dictador acceda el poder, incluso por la voluntad popular. Hasta de golpistas se nos puede tratar.

Lo mismo está ocurriendo especialmente en los países vecinos que tuvieron regímenes militares y de facto. Sobre todo allí, al igual que en Chile, donde la opinión pública está diametralmente dividida y tensionada, no tanto por sus diferencias ideológicas, cuando la mayoría de los partidos de aquí y de allá han desdibujado tanto sus perfiles doctrinarios, asumiendo sin reconocerlo que con ello son los primeros en promover el populismo y en sus malas prácticas exponernos a todos a que surjan los caudillos y tiranos.

Todo lo anterior supone que quien así piense y declare debe renunciar a toda pretensión de involucrarse activamente en la política electoral y aspirar a cumplir funciones públicas que son dilectas para los que acostumbran a ensalzar al pueblo.

Se ha hecho costumbre poner a los países escandinavos como ejemplo de lo bien que funcionan sus sistemas político-institucionales, de sus excelentes niveles en educación y de la evidente equidad económica lograda. Sin embargo, poco

o nada hacen nuestros países por imitar esas democracias en que, existiendo el voto voluntario, la gran mayoría concurre a sufragar justamente por el alto espíritu cívico de sus ciudadanos. En Finlandia, con una población de poco más de cinco millones de habitantes, a diario se venden más de un millón de ejemplares de diversos periódicos y revistas, lo que nos hace suponer que los finlandeses ejercen su voto de manera informada y libre.

En Chile, en cambio, se sabe de la escandalosa concentración informativa, solo comparable con la enorme desigualdad del ingreso de los trabajadores y sus familias. La que, desde luego, condena a más de la mitad de nuestros habitantes a la pobreza, la miseria y, desde luego, la ignorancia. Y como siempre sucede en estos casos, a la violencia, al desarrollo del crimen organizado y a la impunidad.

